



DAMIÁN, EL ARTE DE SERVIR

Recopilación de artículos aparecidos en 21 RS

P. Joaquín Salinas, ss.cc.



Congregación de los Sagrados Corazones
Provincia de España
www.sccc.es

TE PODRIAN LLAMAR DAMIAN

Recuperamos de algún modo, una sección sobre el Padre **Damián** que tuvo una larga presencia en RS. Aquella *Damián en el Arte* intentaba presentar y expresar lo que artistas, de diferente inspiración y valor, nos parecía que habían deseado reflejar sobre el padre Damián. Lo de hoy es algo parecido, pero distinto. Parecido porque se trata del mismo querido, y ahora beato, padre Damián. distinto en cierto modo, porque la *obra de arte* que queremos nos inspire es su propia vida. Creemos que toda ella es esencialmente servicio, que su vivir fue un desvivirse, dejar la propia vida a trozos por el camino de acompañamiento a los que tuvo a su lado.

Iba a decir que en este menester, Damián lo tuvo fácil, si se entiende bien la afirmación. La situación que le rodeó durante sus últimos dieciséis años no podía ser más apropiada, en el fondo igual a la de sus nueve años anteriores. Pero bien podía haber dado una respuesta fácil y prudente, diría que hasta aparente. Entonces no sería hoy Damián de Molokai. Lo es porque se enfrentó a la situación con talante extremoso, sin límite, llevado de aquel su corazón que le hizo llorar cuando tuvo que dejar a sus cristianos de Puna –“me constó separarme de ellos más que cuanto había sufrido al despedirme de mi familia” – lo mismo que lloró al abandonar a los de Kohala, camino de Molokai. No haya que buscar mucho... ¡Este es Damián!

Desde este rincón de la revista transmitiremos a todos los amigos de Damián variadas situaciones concretas de su vida, tomadas a boleo, en las que se puede descubrir, desde distintos ángulos de vista, su espíritu de servicio a imitación de su Señor **Jesús**. La actuación permanente de Damián misionero es como una continua celebración de la Santa Cena, en que Jesús se arrodilló a los pies de sus discípulos con una jofaina y una toalla. Es como estar leyendo, repetido una y otra vez, el Juicio de las Naciones, relatada en el evangelio de San Mateo, 25, 31-46. Léanlo.

Les hago una confidencia. Me imagino que cualquiera de ustedes, sus amigos, me confiesa: “Sí, le quiero, me gusta él y lo que hizo, le rezo con fechado tengo algo para lo que pido ayuda, y cosas así. Todo eso me da paz. Pero nunca se me ha ocurrido preguntarle o escuchar sus consejos”. Este amigo va por el buen camino. Lo que hace está bien, lo malo es lo que puede o suele faltar. somos muy dados a hablar de nosotros, pero algo menos a que otro sea espejo de nuestra imagen, dados a manifestar nuestras necesidades y agradecer “el caso que me hace”. Es muy humano y admirable, pero ¿y si intentamos sobretodo dar preferencia por saber quién es Damián y si tiene alguna influencia en las obras de mi vida?

“Damián me enseña a despreocuparme de mí mismo y a mirar a quien al lado me necesita”

Hay que romper la desviación tan común de convertir a los santos en cómplices de nuestro egoísmo. Porque si algo nos enseñan, y más Damián, es a despreocuparme de mí mismo y a mirar a quien al lado me necesita. No es egoísta quien se preocupa de sí mismo, pero lo es quien sólo se ocupa de sí mismo y quien no se ocupa del otro tanto o más que de sí mismo. “La divina Providencia sabe bien lo que me conviene. No pediré un milagro, no soy digno”, dijo él. Y dio ejemplo, sin intentarlo, de cómo llegar por el puente del amor a convertirse en uno o más de sus enfermos.

Por hoy, identifícate con el otro hasta que se te peguen todas sus pobres miserias h así sabrás comprenderlo, amarlo y salvarlo. Te podrán llamar Damián. Es de lo que se trata.

SIERVO COMPASIVO

El anterior artículo iba acompañado de un “Damián azul”, bello rostro pintado por el artista paraguayo **Jorge Ocampos** en 1997. El pintor volvió sobre el tema de Damián con esta pintura de hoy, sobre una tela de dos metros de alta, sujeta simplemente con cinco pequeños clavos a un panel de madera. Su trágica severidad rechaza cualquier otro marco. Uno de nuestros compañeros de Paraguay, su buen amigo, a la vista de la anterior pintura azul, le pidió que reflejara a Damián atrapado por su enfermedad. Ocampos le respondió: “Para eso tengo que esperar su momento, un día en que yo me sienta muy mal”. Ese día llegó y surgió este cuadro. Esto es ser compasivo con el personaje, padecer con él al revivirlo.

El manto negro que arropa su desnudez entenebrece la imagen general. En la obra original se ve recubierto con finas pinceladas de un azul gris, que lo suavizan. El artista se ha centrado en tres visiones parciales del cuerpo, cabeza, mano y pierna, las partes exteriores atacadas más cruelmente por la enfermedad. Ha empleado en cierto modo, controlada, la técnica de deformación corporal del cubismo. Los ojos, la nariz, la boca, hasta la frente, lo resaltan. La deformación aumenta en su mano, en la palma y sus cinco dedos, con nódulos que se abrirán en llagas. La pierna, singularmente el pie, presenta el efecto más cruel, en su deformación y en los dedos sangrantes, por pérdida de parte de sus extremidades. Recuerda al cuadro de **Benito Prieto** de la Academia de Bellas Artes de Granada, ambos tan diferentes como semejantes.

No es mi intención, como ya dije, volver a hacer de las imágenes objeto de mis reflexiones. Pero he creído que la de hoy exigía ayudar a su comprensión. No querría olvidar la pequeña representación del símbolo de los Sagrados Corazones, en su esquina superior, como un pequeño sol de luz, o de estrella en la noche, que da sentido al misterio del dolor humano y que Damián lo expresó con una bella paradoja: “El amor de los Sagrados Corazones hace que me sienta el misionero más feliz del mundo”.

Lo que puede y suele provocar una imagen semejante, en un corazón bien nacido, es sin duda la compasión. Algo que es muy bello, pero mejor verdad sería si nos hiciera volver los ojos sobre nosotros mismos, como término de esa compasión. Por una razón muy simple. Si leen las Sagradas Escrituras, ya en el profeta **Isaías** podrán hallar en todo su capítulo 53 el largo texto refiriéndose al misterioso Siervo de Yaveh, por medio del que Dios promete salvar al hombre: “Lo vimos sin aspecto atrayente, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado.

**“Lo que suele provocar
una imagen semejante en un corazón bien nacido
es la compasión”.**

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones y el Señor cargó sobre él nuestros crímenes, sus cicatrices nos curaron”.

El autor de la *Carta a los Hebreos* recoge la profecía, aplicada a Jesús: “Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fidedigno, pues por haber pasado él la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando...”. Hay en todo este misterio unas relaciones de cercanía y de contagio, de sufrimiento y de amor, superan nuestra pobre capacidad de sentir, tanto a nuestro Siervo-Hijo como a nuestro hombre-hermano, el Damián del “nosotros los leprosos”.

CURACION O SALVACION

La identificación de la persona de **Damián**, siempre ha corrido el peligro de un desequilibrio, según se acentúe uno u otro de los dos polos que configuran su existencia: la del sacerdote que busca liberar del pecado las almas de sus enfermos, o la del hombre compasivo ante la terrible situación personal y social causada por la enfermedad. Hablamos con el lenguaje bifocal que ahora va a emplear Damián: alma/pecado, cuerpo/enfermedad. En el curso de su autenticidad misionera, irá rompiendo esta dualidad, no viendo en los enfermos más que personas humanas, una sola unidad misteriosa y teniendo una sola intención: la de ser la viva presencia de **Jesús** entre los suyos. Lo expresa en este texto de la carta que escribió a su superior general en París, a los tres meses de haber entrado en Molokai:

“Heme aquí entre mis queridos leproso. Son muy repugnantes de ver, pero tienen un alma rescatada al precio de la sangre del divino Salvador. El También, en su divina caridad, consoló a los leproso. Si yo no puedo curarlos como El, al menos puedo consolarlos, y por el Santo Ministerio que en su bondad me ha confiado, espero que muchos de entre ellos, purificados de la lepra del alma, irán a presentarse ante su tribunal en estado de entrar en la sociedad de los bienaventurados”.

**“Donde
Damián no podía curar,
podía hacer mucho más:
salvar”**

Damián se introduce en una de las más graves situaciones con que se encontró Jesús, la de su reacción ante el leproso, siendo éste el caso extremo y el prototipo de la marginación religiosa y social, impuesta por la Ley. Los tres evangelistas sinópticos transmiten el mismo suceso y el mismo mensaje: en el reinado de Dios no hay marginados; es Jesús quien salva, no la Ley que margina. Marginado Él mismo por haber “tocado” al leproso, “conmovido” su corazón, sentimiento reservado a Dios, que aparece ahora en el Hijo, manifestación del amor del Padre.

Éste es el ámbito en que se mueve Damián. La lectura de su texto produce la sensación de que Damián se mide con Jesús: no está obrando distinto de lo que Jesús lo hubiera hecho. Son personas con la lepra en el cuerpo, y también, como posible al menos, con la del alma, la del pecado. Ante la lepra física, Jesús los “consoló” y además los “curó”. Damián reconoce, de entrada, que solo puede consolarlos, como hizo Jesús, “en su divina caridad”. Si nos preguntamos cómo él los consoló, al cabo de trece años lo concentró en esta expresión: Una gran bondad con todos; una tierna caridad con los indigentes; una suave compasión con los enfermos y los moribundos; una sólida instrucción a mis oyentes”. Personas y sentimientos. Ahí cabe toda su existencia.

Para una segunda y total identificación, podía sentir algún apuro, pues “yo no puedo curarlos como él”. Y es aquí donde su reflexión es genial. Se sirve del relato de San Lucas (17,11-19) donde Jesús “cura” a diez leproso, pero sólo uno fue “salvado”, el samaritano que volvió a agradecerse: “Levántate, tu fe te ha salvado”. Los otros nueve quedaron curados, pero no alcanzaron la salvación, valor supremo y definitivo. Entonces Damián afirma que puede purificarlos de la lepra del alma “por el Santo Ministerio que en su bondad me ha confiado”. El sacerdocio. Ahí es donde se siente como Jesús, donde encuentra su suprema identificación con Él. De este modo, donde Damián no podía “curar”, podía hacer mucho más, es decir, “salvar”. Así es Damián. ¿Sabemos los cristianos que, por el bautismo, tenemos rango sacerdotal, con que hacernos ofrenda agradable para Dios y obligada salvación para los hombres?.

COMUNIDAD SOLIDARIA

Nos reencontramos con el padre Damián donde le dejamos el mes pasado, cuando se medía en su labor sacerdotal entre los leprosos con la que empleó **Jesús**, su Salvador. Trataba de mostrar su semejanza. Ya había empezado en sus sermones con aquello de “nosotros los leprosos. Los consideraba, en su apariencia corporal, “muy repugnantes de ver”, pero desde el corazón de su Salvador, los valoraba como “almas rescatadas al precio de la sangre del divino Salvador”. Repugnantes y preciosos.

Desde su identificación al Salvador, por su acción sacerdotal, podía dejarlos “purificados de la lepra del alma”, moribundos ante la inminencia de la plena y definitiva salvación: “Irán a presentarse ante su tribunal en estado de entrar en la sociedad de los bienaventurados”.

Sin embargo, desde muy pronto lleva en los bolsillos de la sotana, junto a los santos óleos de los enfermos, los frascos de medicinas y se desvive por sus necesidades humanas más primarias. Vive enfrentando lo mismo las bacanales enloquecidas, que echándoles una mano en sus nuevas casas, la conducción de agua, el hospital, el trabajo del campo, la tienda para todos, los niños huérfanos. El Comité de Sanidad fue llevando a rastras su deber de justicia, el talante de Damián creó una “sociedad venturosa”, que admiró a muchos. Si les amaba es que eran importantes. Damián escribió a un doctor amigo (3.10.1888). “Somos 900 leprosos y la paz y la felicidad parecen reinar en Molokai”.

“Cuando encontraba a alguien tirado se lo cargaba a la espalda para llevarlo al hospital”

De ambos modos se encuentra con san **Mateo** (8,17) que termina la serie de milagros que comenzó con la curación del leproso: “Así se cumplió el oráculo del profeta Isaías: “El tomó nuestros achaques y cargó con nuestras enfermedades”. **Isaías** habla del Siervo que salva por medio de sus sufrimientos, que eran nuestros. Para san Mateo lo realiza por medio de sus milagros, todos nacidos de su “compasión entrañable”.

Importa reconocer a Jesús como puente apoyado en esta orilla de su condición humana. Es la solidaridad del que ama, que bien sabe cuánto daría por traspasarse los sufrimientos que padece aquel a quien quiere. Los gestos de Jesús, gestos de su Padre, pasan a los sacramentos y a todo el que como Él “pasó haciendo el bien y curando a todos los sojuzgados por el diablo”. Damián entró en esta dinámica. Me ha asombrado un detalle hojeando su proceso de beatificación en Honolulu: “Cuando encontraba a alguien tirado, se lo cargaba a las espaldas para llevarlo al hospital. Yo no lo vi, me lo contó mi padre”. Damián escribió en la Biblia de **Clifford** el gesto que le convertía en discípulo de Jesús: Estaba enfermo y me visitasteis (Mt 25,36)”. Todo esto es posible si alguien puede decir con san Pablo: “Yo no vivo, es Cristo quien vive en mí”. O como se ha escrito hoy: Ya no soy yo el centro de mi vida, el centro está fuera de mí”.

SOLTAD LAS AMARRAS

Después de año y medio en la leprosería, el padre **Damián** contaba a su hermano (08.12.1874): “Su mayor miseria actual proviene de un terrible huracán, que ha derribado, o al menos se ha llevado el tejado, de la mitad de las cabañas, de modo que mucha gente está acostada, por decirlo así, sobre la lluvia y el viento. Hay que saber que un leproso es muy sensible a la humedad y al frío. Nuestro invierno, que se caracteriza por las lluvias, es la estación en que hay muchos casos de muerte. Acabo de enterrar a uno de mis mejores cristianos, hijo de un confesor de la fe. De tal modo que su muerte ha sido realmente edificante: ¡cómo suspiraba por el cielo! Repetía a menudo como san Pablo: “Deseo morirme y estar con Cristo”. Al ver llegar a nuestro Señor, que le llevaba como viático, ¡qué expresión de fe y de amor aparecían en su rostro! Está enterrado a la sombra de una gran cruz, que he colocado en el centro de nuestro nuevo cementerio, con otros casi 200 leprosos, muertos católicos, desde hace año y medio. A pesar de este gran número de muertos, mi doble parroquia aumenta continuamente por el nacimiento espiritual de un gran número, así como por la llegada de nuevos enfermos ya católicos”.

**“Damián
saluda a la
muerte con
el grito de
san Pablo”**

Es un texto realmente impresionante, en todos sus detalles, que cada uno podría ir colocando en lista para considerarlos por separado. Prepararía con ello materiales para una larga y honda meditación pascual (en cuyo santo tiempo estamos), sobre el telón de fondo que coloca Damián y las sucesivas escenas que va haciendo aparecer. Importa ahora más la de su catequista, hijo de uno de los conversos en 1827, que fueron perseguidos y torturados durante más de diez años. Saluda a la muerte con el grito de san Pablo, que se entiende mejor si se apunta que el término original griego del “morir” es la palabra empleada para significa “soltar las amarras”, las del barco anclado en puerto, para que deje su esclavitud y se haga a la mar, pues que fue construido con destino de mar abierta y entre oleajes, llevando en sus bodegas la carga de su vida y destino. No en vano Damián, de quien sólo hablamos, y pobremente, de su caridad, dijo también de si mismo: “He estado cumpliendo aquí con mi deber y tratando de morir cada vez más a mí mismo”. Y también, “estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3,3), mirando hacia donde sabía que ya estaba.

Al celebrar durante este mes el aniversario de su muerte, el día 15 de abril de 1889, deseamos a todos los admiradores de Damián un feliz recuerdo de ese día.

DIOS VIENE DEL FUTURO

Desde este humilde rincón, estamos intentando presentar a nuestro Padre **Damián** como Siervo de Dios, pero no tanto porque sea, y lo es en primer lugar, un servidor de Dios. Desearíamos expresar cómo desde ahí llegó a ser Servidor del Hombre, o siervo de la humanidad, título que lleva la medalla conmemorativa de su beatificación.

Esta es la característica distintiva de este Siervo de Dios. Importa, por tanto, conocer cómo Damián lo fue personalmente, entre tantos otros que los hombres han tenido a su servicio a través de la historia. los singulares y diversos modos con que lo han realizado, y en ello siguen hoy miles de servidores, tienen una identificación, a mi parecer. Es la que se podría llamar sensibilidad exquisita y doliente por la dignidad del hombre, de cada hombre, en particular del más pequeño y pobre, del más débil y abandonado, de aquel a quien la sociedad trata de esconder, al menos, si no es que retira de la vista. Lo mismo que la basura se saca de la ciudad, bien lejos, para que ni se vea ni apeste. O es basurero de yonkis transportados fuera por camellos. Pero el Evangelio es coscón, y desde la manera contraria de pensar y de actuar de Jesús, ha habido y hay muchedumbre de hombres y mujeres que se dieron y se dan cuenta de que los basureros humanos eran montones de joyas que los hombres ciegos confundían con basura. Por eso estos siervos del hombre, estos joyeros de la basura, han sido y son los verdaderos genios de la humanidad. Han escrito o han gritado, se han ido lejos para estar cerca, donde quiera los encuentren. ¿Por qué? Ante la cruz de Cristo, creen que “no guardó con codicia el ser Dios, sino que se rebajó presentándose como simple hombre, obediente hasta la muerte y una muerte de cruz”.

Un día alguien descubre este estado permanente de transformación misteriosa de Dios, que se ha identificado de manera incomprensible con la noche más negra del dolor y de la muerte de los hombres; alguien cree que “la Cruz sigue clavada en el centro del mundo asta el fin de los siglos” y se arrodilla ante el pobre, balbuciendo con san Vicente de Paúl: “El pobre, mi Señor”. O, como Damián, se sube a la balsa flotante en el océano, se les junta sin otro rumbo que hacia la muerte, ya muertos vivientes, carcajada de la muerte. Entre tanto le queda tiempo para que recuperen su dignidad humana que les descubra el engaño del rostro vacío de la muerte. Y sobre todo les haga nacer a la esperanza nueva, que es añoranza de Quien viene a ellos desde el futuro de la fiesta eterna que van a compartir. Allí donde cada uno escuchará el “hacer tanto tiempo que estaba contigo”, tanto cuanto ha durado la travesía.

HEROE O ATLETA

La costumbre de colocar a los santos a mayor altura que la de nuestra talla, en hornacinas o tronos luminosos, responde al sentimiento religioso de que merecen nuestra admiración y de que esperamos su intercesión. No es que no sea verdad, pero es algo más que eso, eso otro justamente que nos mete el miedo en el cuerpo, eso que llamamos imitación.

Hoy que se ha encendido y extendido más el servicio al pobre, **Damián** ha recuperado protagonismo, sobretodo donde trabaja su congregación de los Sagrados Corazones, que lo reduce todo al amor extremoso como el suyo. El temple de héroe y atleta, pensamos, no es precisamente el que nos forja a la mayoría. Sin embargo, muchos tenemos la convicción de que esa mayoría lleva en su corazón un héroe y un atleta, a quien no hemos dado la ocasión de asomarse a la vida. Y, por otro lado, el mayor santo o la mujer más admirable no están en la lista, la que solo Dios conoce. Qué Damián fue un héroe está fuera de toda duda. Hubiera referido “permanecer desconocido de todos”, según él, y cuando la fama se le vino encima, sólo la aprovecho en ventaja de sus leprosos. Su heroicidad, a mi ver, la resumió así en el reino de la muerte en Molokai: “El recuerdo debe haber permanecido postrado bajo el paño mortuorio el día de mis votos, es lo que me ha hecho desafiar el peligro, cumpliendo aquí con mi deber y tratando de morir cada día más a mi mismo”. ¿No es verdad que parecen dos condiciones normales, para desafiar nada menos que ala lepra, para gozar la libertad de vivir sin miedo?. Su heroicidad consistió en llevarlas al extremo. por otro lado, al atleta le define la divisa de la competición: “Más fuerte, más alto, más veloz”. No existe el límite. Damián pasó su corta vida midiéndose con sus espejos. Aprovecha la enfermedad de su hermano para irse a Hawai. Allí el mar y las montañas son obstáculos que superar. Culmina una cumbre en cuarenta y cinco minutos, donde el pastor protestante emplea dos horas. Acarrea troncos a hombros, que sus nativos eran incapaces de manejar.

Como no había dejado pasar el primer envite de Dios que le inició el camino, así cuando su obispo expone el estado de los leprosos en Molokai, salta con su ofrecimiento de ser el primero en ir. No iba para quedarse, pero al fin arrebató lo que creyó su herencia, algo tan difícil como nunca había podido sospechar. No se lo creía. “Animo, José, muchacho, ya estás aquí para toda la vida”. Desahogó su pasión de hacer el bien, por amor de Dios, en circunstancias extremas. Desde el comienzo, ya no decía “hermanos míos” sino “nosotros leprosos”. Se midió con su mismo Salvador: “Si no puedo curarlos como El, si que puedo consolarlos y por el ministerio que me ha regalado llevarlos a la sociedad de los santos”. Superó la soledad, la incomprensión, la calumnia. Y murió abrazado a su gran enemigo, la lepra, como Cristo a su muerte, derrotándola en su propio reino. Si da envidia es porque nadie está tan lejos como cree de este atleta de Dios”.

EN CUERPO Y ALMA

No abunda en la vida eso de *echarle corazón*, ese fondo misterioso del alma que llena de héroes anónimos muchos hogares. Pocos se parten el alma, con su consecuente cansancio corporal, porque hay que estar en forma para tanto como ofrece el abanico de la vida. Es el cálculo lo que suele presidir la vida, para que ésta se deslice como una *dorada mediocridad*.

El cuerpo y el alma ya no son vehículo de relación servicial, sin más los tentáculos de un pulpo. Recuerdo este panorama humano, un tanto pesimista, por seguir creyendo en el hombre al aire de la lectura de un texto de **Damián** que siempre me ha impresionado. Hacía tan solo dos años y medio que había llegado a la islas, tenía 26 años, y entonces evangeliza en la isla grande de Hawai. Era un momento propicio para sentir melancolía del pasado, desde la soledad de su misión, a la vez que para un coraje recuperado ante su futuro. Siempre se estuvo rehaciendo Damián. El párrafo completo dirigido a su hermano el 22 de diciembre de 1866, es éste: “Al acabar esta larga carta, ¿cómo puedo expresarte el afecto de mi corazón para ti? ¿Dónde esta el tiempo feliz en que vivimos juntos bajo la tutela de nuestros padres y de nuestros superiores?, cuando íbamos juntos a la escuela de Wechter y a la Universidad de Lovaina. Ha pasado aquel tiempo feliz de la infancia y de la juventud. Ya somos unos hombres, llamados por Dios a trabajar en la viña del Señor. Tú quizás en Europa, yo en las islas Sándwich. Qué importa, sigamos adelante en nuestra noble carrera, por todas partes con desgraciados que consolar, ignorantes que instruir, pecadores que convertir. Cuando celebramos el Misterio de la Misa, tratemos de unirnos en Jesús y recemos el uno por el otro”...

**“A su servicio
coloca Damián
su fortaleza corporal
para poder más
y su gran corazón
para poder convertirse en el otro”.**

Es hermoso. en el fondo, según creo, echa una mirada concentrada al desarrollo misterioso, aún ten breve, de su vida. Otras veces repitió este ejercicio de fe sobre su camino, en que se habían ido encendiendo, y se encenderían aún, señales de dirección, que siempre siguió. Esto produce la fuerte impresión de que más bien fue encaminado que haciendo camino. Pero lo que más importa es advertir cómo expresa lo que se ha encontrado, como si descubriera su destino, de hoy y del futuro: desgraciados, ignorantes, pecadores, consolar, instruir, convertir. A su servicio coloca su joven fortaleza corporal para poder más y su gran corazón para poder convertirse en el otro. Con ellos y por ellos *en cuerpo y alma*, dando cuerpo al amor, haciéndolo vivir en todos los gestos del día. La palabra que en este aspecto más le singulariza es la de infatigable, incansable. No le fue fácil... Su recurso fue levantarse, comenzar de nuevo, inventar otra cosa, luchar una vez más. Fue un gran buscador de la voluntad de Dios. “Parece como si quisiera morir de pie”, decían en sus últimos días. Todo merecía la pena, esperar y vivir a pesar de todo. Sólo de él no fueron su cuerpo y su alma, por eso su enfermedad fue y es su corona.

EN EL MAR O EN LA MONTAÑA

Catalogamos los lugares de nuestro veraneo, aún no tan lejano, con la expresión tópica de “mar o montaña”. Singular coincidencia la de ser los de **Damián** en su correr de un lado para otro al encuentro con sus cristianos. Sólo que en Damián no se trata de descansos veraniegos, sino too lo contrario, de sus atrevimientos tan fatigantes como peligrosos en su labor evangelizadora.

Al celebrar en este mes el domingo del Domund, no podemos dejar de rendir homenaje a las comunidades cristianas de vanguardia, sostenidas en la fe por la penosa labor de sus pastores. Al hilo de estas circunstancias, aparece hoy Damián en esta su página. Leamos, pues, uno de sus relatos. Es de los inicios de su evangelización en la isla grande de Hawai. “El domingo siguiente (marzo 1865) debía visitar a unos cristianos que no habían visto un sacerdote en cinco meses, pero ¿cómo llegar allí?. Quizás sea el lugar más difícil en todo el archipiélago. Es un pequeño pueblo, cerrado de un lado por el mar y del otro por roquedales de altura impresionante. El camino es muy bello hasta llegar a una hermosa bahía, pero desde allí aún quedan al menos 4 leguas de camino a través de barrancos y peñas. Para trepar la primera peña, el ministro protestante empleó dos horas, yo lo hice en 45 minutos, pero te aseguro que me quedé sin aliento. Por otro lado, hay al menos 10 profundos barrancos, que cada uno tiene su montaña siguiente. El camino es casi impracticable, y no me atrevo a hacerlo con el mulo. Es algo muy fatigoso, aunque no tiene el mejor peligro. A una media legua de la Iglesia, allí es donde uno se la juega. Hay una peña, cortada a pico, de más de 2.000 pies de altura. El dios del mar le hace la guerra continua con sus olas enormes, sin que consiga ni arañar su base. El misionero ha de pasar entre estos dos fuegos para ver a sus neófitos. A veces, cuando la mar está en calma, se puede atravesar sobre la arena. Al ir no encontré ninguna dificultad, pero al volver era algo espantoso. No había otro remedio que enfrentarse con las olas. Así que, ligero de ropa, guiado por dos buenos kanakas, desafié a esta antigua divinidad a que me detuviera. Anduve todo el camino sin el menor contratiempo, aunque con muchas fatigas, y volví sano y salvo a la bahía en que había dejado mi montura”.

**“El
misionero
no es más
que un
simple obrero
que planta y riega”**

Detrás de su hazaña, midiendo su fortaleza y su espíritu atlético, se escondía nada menos que un enfrentamiento con el dios del mar y con la diosa del fuego, pues todas las montañas eran hijas de los volcanes. Damián se encontraba en su mejor ambiente de epopeya, enfrentándose a los dioses. Pero como hombre de contrastes, también se encierra en su corazón, y al final de esta carta, escrita a su hermano le dice: “Ya ves que no tenemos tiempo para divertirnos. En cuanto al bien que resulta para la salvación de las almas, es al Señor de la viña a quien le toca dar el crecimiento. El misionero no es más que un simple obrero que planta y riega; algunas veces brota, otras no, pero lo que sé es que si no se planta, nada brota, sino zarzas y espinas. Qué pena no tener aquí un gran número de celosos misioneros; de buenos obreros. Prepara buenos novicios, adiéstralos tanto en ejercicios corporales como espirituales. Haz ante todo buenos religiosos, muy sólidos en todas las virtudes. Enséñales más que nada a saber compadecerse de los pobres pecadores, con sus continuas oraciones o con sus exhortaciones acomodadas a sus necesidades”. Palabras para el Domund. Buen maestro. Damián.

SANTOS Y DIFUNTOS

Recordamos a Damián desde este mes de noviembre, en que nos encontramos, por ver si en él nos reserva algún mensaje. A ninguno de nuestros lectores hará falta recordarle que este mes, en su mismo comienzo, iza de repente dos enormes velas del navío, la Iglesia, que se hinchan del mejor viento para seguir en su ruta. Son las celebraciones de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos. Quizás sean algo parecido a la dos máscaras con que se representa el único Teatro del mundo. La alegría y la tristeza, lo que solemos llamar la tragicomedia de la vida. Este simbolismo puede ayudarnos en su comprensión. Parece ser una historia contrastada que, allegar con el emperador Constantino la paz y la libertad de la Iglesia, liberada de las crueles y cruentas persecuciones del imperio de Roma, se llevaron a carretadas al Panteón (templo a todos los dioses) los innumerables restos de los que habían muerto por su fe y fueron quedando sepultados sobre todo por las catacumbas. Este reconocimiento de los *santos desconocidos* – algo así como los monumentos al soldado desconocido – sería lo que está en la base de la fiesta. Por eso es nuestra fiesta, la de los santos de a pie, que nadie sino Dios conoce. Es la fiesta de nuestra oculta grandeza y de nuestra orgullosa esperanza. Por otro lado, la Iglesia ha recogido también y legitimado el ancestral y potente sentimiento humano por sus antepasados.

Tan solo ha intentado que los descendientes hayan ido venciendo el miedo a sus espíritus, y se atrevan a transformar sus antiguas costumbres esclavizantes sin temor a sus represalias. Esta es también la razón oculta de estas veneraciones que se merecen nuestros ancestros. aunque esta introducción le haya robado espacio a Damián, quizás deja a cambio un poco más de luz para contemplarle en aquel su *corredor de la muerte* que fue Molokai.

Durante sus dieciséis años de vida entre ellos, murieron 2.432 enfermos, lo que da una media en torno a 3 personas por semana. La mayoría querían ser enterrados en el cementerio católico, porque Damián lo había adecentado vallándolo con una cerca de madera pintada de blanco, y los entierros eran una fiesta, con banderas, uniformes de color, banda de música. El pastor protestante estaba enfadado y llamaba al cementerio “la red para pescar peces incautos”. Estos peces fueron muchos verdaderos santos en vida, aun entre los niños, que morían con la frase de san **Pablo** que Damián les enseñó: “Deseo morir para estar con Cristo.

**“Yo soy
el único guardián
durante la noche
de este bello jardín de los muertos”**

La mayoría eran pobres pecadores arrepentidos santificados en el último instante. Damián correteaba entre las chozas y casas, “pero, decía, aún así alguno se me escapa”. Ninguno escapaba a la misericordia de Dios. Damián dejó escrito en carta del 31 de enero de 1880: “Como el cementerio, la iglesia y mi casa están en la misma parcela, soy el único guardián durante la noche de este bello jardín de los muertos, en que reposan mis hijos espirituales. Me gustaría ir a rezar allí mi rosario meditando sobre la felicidad eterna que muchos de entre ellos gozan ya, y de la desgracia eterna de algunos que no han querido escuchar mis exhortaciones, y también sobre los sufrimientos del purgatorio. Os confieso que el cementerio y la cabaña de mis moribundos, son mis más bellos libros de meditación, tanto para alimentar mi propio corazón como para preparar mis sermones”.

NAVIDAD EN MOLOKAI

De la Navidad, como hace el Evangelio, sólo se puede hablar con la narración. Nada hay semejante a la imagen del establo y el pesebre. Y en la circunstancia histórica de la orden de empadronamiento dada por el emperador **Augusto** “para el mundo entero”, por la que iban a inscribirse los padres, resultando, sin duda, que también el niño hubo de figurar en el censo como súbdito, que no ciudadano, de Roma. Qué bien había calculado Dios, su Padre, esta ironía.

Roma lo censó y Roma lo tachó en la lista con una cruz. Habría de decirse lo mismo, en este mes, si queremos hablar de la Navidad 2002. Sólo los pobres sin papeles y cuantos viven solidarizados con ellos de hecho, no con palabras, son los que están invitados al acontecimiento, como los pastores de Belén.

Con esto basta para tener la llave con que abrir el camino para encontrarnos con la Navidad de **Damián**. ¿Cómo era? Se impone la narración. El lo va a hacer. El 30 de diciembre de 1886, cuando ya lleva dos años cargando con su enfermedad, empadronado por la muerte como todos sus vecinos esclavos, Damián cuenta que ya hacía seis meses que estaba sometido a los baños “japoneses”, y añadía que “puedo afirmar que me encuentro mejor”.

Y para probarlo narra con detalle al superior en París: “Hace cinco meses yo estaba imposibilitado y débil, con dificultad para decir la santa misa. Hoy, gracias a Dios y a la Virgen santa, aunque todavía leproso, me siento de nuevo fuerte y robusto. El viernes pasado, víspera de Navidad, tomé mi baño medicinal a las cinco de la mañana.. A las seis marché para el otro poblado que está a cinco kilómetros (lo hacía en su carricoche). Después de la misa y de la instrucción, permanecí hasta las once y media en el confesionario, sin desayunar. Acabado esto, volví aquí, comí bastante bien y de nuevo en el confesionario hasta las siete. Tras haber rezado el breviario, tomé una taza de café y a las nueve todos mis jóvenes me esperaban en la iglesia para presidir el examen general de catecismo, que duró hasta las once y media. A medianoche comencé la misa solemne con sermón de más de media hora. A las cuatro de la mañana llegaba a mi otra iglesia con mi sacristán **José**, ese joven americano de quien os habla el padre **Columbano**, y a las cinco en punto comenzaba allí mi segunda misa solemne con sermón sobre otro tema diferente. Después de la misa celebré el bautismo solemne de algunos catecúmenos, y a las nueve dije mi tercera misa aquí, en Kalawao.

**“No puede más.
Aquellas fuerzas primeras
ya no volverán”.**

Esta vez dejé el sermón para uno de mis buenos catequistas y así todo terminó felizmente, excepto la Comida de Navidad, que no estaba todavía preparada”. Breve es la narración, pero uno la acaba ahogado el aliento. No hace alardes, quiere solo mostrar a su superior de París que ha recuperado fuerzas perdidas, lo que le proporcionaría satisfacción y esperanza. Pero su final le traiciona. No puede más, aquellas fuerzas primeras ya no volverán.

Cuando año y medio más tarde escribe también a París, le dice: “Hoy una pequeña inflamación en los ojos me impide por primera vez decir la santa misa, y si no mejora en una o dos horas, tendré que dejar, por primera vez desde mi ordenación sacerdotal en 1864, de rezar el breviario”. Y eran la fuente de su vida interior. Fue aquella ya la Navidad del pobre”.

A LA SOMBRA SIN SOL

Tras una primera lectura es bien sabido que un buen libro revela secretos en una segunda que no se captaron en la anterior. Se debe tanto a la riqueza del texto que se escapa a una primera mirada, como a la nueva circunstancia subjetiva del lector, que ya no es el mismo. Es lo mejor de un libro, que pueda leerse una segunda vez, un segundo encuentro. Esto lo entienden muy bien las personas que viven de encuentros mutuos deseados y esperados.

Tengo la satisfacción de haber hojeado a menudo y con placer las cartas del Padre Damián, sin orden ni concierto, a lo que salga, que es como más me agrada. Hará pocos días me encontré con un texto, en una carta escrita a su familia (13.03.1876) desde Molokai, donde estaba hacía ya casi tres años. Me hizo hasta durar de haberlo leído antes, algo que me parecía imposible. Lo que era verdad es que me causó una impresión nunca recordada, no porque sea un texto en que hable de graves problemas o de extraordinarios acontecimientos. todo lo contrario, es la sencillez misma de la vida y de los días, allí donde se fragua en silencio el corazón del hombre. Quizás le había rozado a Damián el ala de la melancolía al escribir su frase anterior: “Andad por el buen camino y llevad también por él a vuestros hijos para que volvamos a vernos todos en el cielo”. Después prosigue: “En cuanto a mí, me mantengo siempre con el mismo género de vida en mi hospital, del que no he salido desde el mes de julio último. Desde hace 6 meses no he visto al sol ni levantarse ni acostarse. A pesar de esto, estoy siempre feliz y contento y sigo gozando de la misma buena salud. Hasta me siento más fuerte que nunca”.

**“El paisaje
sombrió
lo llevaba
dentro”**

Curiosamente estas afirmaciones sobre su felicidad y fortaleza serán las que irá repitiendo tantas veces, casi siempre ligadas a la situación de su enfermedad o a alguna otra situación difícil. Quiere esto decir, en primer lugar, que aun sano y fuerte como lo está después de tres años, las circunstancias le han impedido subir el peligroso y duro camino, pegado a la pared de la montaña, para pasar al otro lado de la isla. Allí ya había construido una iglesia en 1874, sintiéndose en conciencia también responsable de aquellos cristianos, sin que hubiera recibido orden de ocuparse de ellos. Pero Damián se movía por el corazón. Precisa con exactitud el tiempo como si le doliera haberlos abandonado.

Es el mismo espacio de tiempo en que, por otro lado, le sigue pensando su soledad, una soledad distinta a la de aquellas caminatas interminables a caballo en la isla de Hawai, aquí sin duda más *encerrado*. Alguna vez dijo de su superior lo de “quiere encarcelarme aquí”. Es en esta situación donde aparece la novedad de su recuerdo del sol, cuando Damián casi nunca mienta las circunstancias de la naturaleza, ni su belleza o su dureza, a no ser que se trate de la lluvia o el frío de que tantos sufren sus enfermos. Y esto es lo que me ha sabido a nuevo: Damián echando en falta la salida y la puesta del sol. No parece que exprese una queja, tan solo constata el hecho. Físicamente era así. Vivía casi pegado a la montaña que, con su imponente altura, mantenía a la sombra durante medio año a la mitad de la península. Pero la verdad admirable es saber que Damián en esos momentos sintió su alma sin sol, el paisaje sombrío lo llevaba dentro. Le creíamos tan duro... Qué cercano le podemos sentir tantos a quienes nos falta más de una vez la luz y el calor humanos. Alguien que pasó ante la península escribió: “Está cerrada de un lado por la mar y del otro por gigantescas montañas, cuyas sombras se proyectan tristemente sobre esta tierra de olvido”.

LA COSTA DE LA MUERTE

Por el pequeño retrovisor, aún podemos contemplar las Navidades, unas Navidades que siempre habíamos gozado blancas, blancas de nieve recién llegada, de corazones blancos recién estrenados. Este año han sido negras, negras desde corazones negros, degradando lo más asombroso de nuestro planeta, las playas y acantilados de sus mares, con los tesoros vivientes que por allí se refugian. Una vez más la vida se ha jugado sobre el tablero traidor de las casillas blancas y negras. Sin embargo, nunca habíamos visto que el blanco fuera tan blanco como los uniformes de trabajo contra el fondo negro de lo que debería ser agua azul y espuma blanca. En la catástrofe ha brillado la esperanza de Navidad. Se ha oído, aunque politizado, el justo clamor popular del “nunca mais”, surgido en el misterioso fondo del instinto de supervivencia. Una multitud de hombres y mujeres se ha conmovido, y sobre todo se ha movido, por un sentimiento brillante de solidaridad, el más valioso de cuantos necesita nuestro mundo. Esta sí que ha sido una peregrinación por el camino de Santiago, el hijo del trueno. Para causas que merecen la pena, ha habido y las habrá mujeres y hombres con coraje. Llegados aquí he de confesar, sincero, que tengo delante la figura de **Damián** que va a acompañar a este artículo, y que escribo pensando en él y con él. Hablamos de coraje y de solidaridad. ¿En quien otro podría pensar más, que no fuera él?. Por una cercanía curiosa. En Hawai y en Molokai vivió 25 años junto a las costas y por dos veces intentó llevárselo la mar. justamente ante los negros sucesos en la Costa de la muerte, nada me ha resonado tanto en el alma como este nombre, que suena a lágrimas y vestidos de luto por quienes entregaron la vida por los suyos.

**“Su pequeña península fue una costa de la muerte,
laque mantenía encerrados a
sus enfermos mientras esperaban su llegada”**

En Molokai, Damián tenía su misión al lado de los acantilados, cuyo rumor acompañaba u noche. Su pequeña península fue de verdad una costa de la muerte, la que mantenía encerrados a sus enfermos mientras esperaban su llegada. Él intentó por todos los medios, religiosos y materiales, que no le tuvieran miedo, porque eran hombres como los demás. Se desvivió por que oraran y trabajaran y se divirtieran, medios y remedios de salvación y de salud. Claro que a veces se enfrenta a la desolación. Como uno más, habla de todos: “Hasta hoy la enfermedad no es más que exterior y continuo estando robusto y capaz de entregarme a mis trabajos. El día que el interior llega a estar afectado, nos quedamos generalmente sin fuerzas. Entonces, envueltos en mantas, durante meses o años, nuestra única espera y esperanza no es otra que la liberación de nuestras miserias por una muerte feliz”. No se pueden pronunciar estas palabras sin un rostro serio y fruncido, como los que tanto me impresionan: el de los mineros que salen de las entrañas negras de la tierra o el de los percebeiros que vuelven de ganarle un día más la batalla a la mar, sujetos con habilidad increíble a las rocas batidas por las olas. Son imágenes que nos ayudan a entender el amor heroico de Damián por sus hijos. Ahora nos parece conocer mejor lo que fue para él habitar la costa de la muerte. en medio de esas situaciones repetía constante: “Me siento feliz y contento”. ¿Comprendemos ahora en que consistió su felicidad y su alegría?. Nos parecía un desvarío, pero era un grito de lucha y triunfo sobre un días más. A un doctor amigo le escribió: “Somos 900 leprosos y, aunque muy enfermos, la paz y la felicidad parecen reinar en Molokai” Ya había dicho su Señor: “No hay mayor amor (y felicidad) que dar la vida por los amigos”. Y él le hacía coro: “nosotros, leprosos”.

DAMIAN, ¿MURIO DE LEPRA?

La pregunta del título puede parecer extraña. Se podría replicar: “Después de haber visto tantas veces el rostro y las manos de Damián al final de su vida y hasta sus restos mortales reposando en su iglesia de Santa Filomena, ¿podemos tener alguna duda?. Ya antes, todos le habíamos oído hablar de su enfermedad como un camino hacia su gólgota personal, en su afán de asemejarse a cristo, volando tan alto que diera a la casa alcance, que decía san Juan de la Cruz. todo eso es verdad pero, ¿es toda la verdad?. Sabemos que hay una apariencia física, palpable, y otra que se nos puede escapar a los ojos, la que está en el corazón y sólo ve el corazón. Todos hemos oído aquello de que “el corazón tiene razones que no entiende la razón”. Por ahí se llega a un principio: no es lo mismo aquello de lo que se muere, que aquello por lo que se muere. Si estas afirmaciones les dan dolor de cabeza, podrán sentirse aliviados y se les abrirán los ojos del corazón con este poema-oración que he encontrado para ustedes y es la razón del título:

Si vuelves la mirada ante un leproso, el leproso no es él, el leproso eres tú.

Si no le tiendes la mano, el leproso no es él, eres tú.

La verdadera lepra es no amar, tú lo sabes, Damián...

Tú la has vivido, tú la has probado, Apóstol de la Caridad!

En el fondo de todo corazón egoísta, se mueve el virus de la lepra, que roe, reseca y hace morir.

En el fondo de todo corazón amante muere el virus de la lepra, y el amor, la vida pueden germinar.

La verdadera lepra es no amar, tú lo sabes, Damián...

Tú leproso con los leprosos, Testigo de la Caridad.

La lepra continúa haciendo daños, toma muchos rostros extraños: marginación, sida, para, explotación.

Te hace señas ¿volverás tu rostro?

cerrarás tus manos, tus brazos? ¿no abrirás tu corazón?

La verdadera lepra es no amar, tú lo sabes Damián...

Tú has muerto leproso, porque no tenías esta LEPRA, Tú, mártir de la CARIDAD.

Es hermoso, ¿no?. Léanla otra vez, ante de continuar, que nada queda en nosotros hasta que no se oyen los ecos resonando por el corazón. Es un himno a la caridad encarnada en la persona de Damián. Además de hermoso, es sencillo, como una parábola del Evangelio y, como ésta, nos compromete.

**“La verdadera
lepra consiste en
no amar”**

Es tajante: leproso no es quien tiene esa enfermedad, lo es quien le vuelve la cara, quien no le tiende la mano. La verdadera lepra (hay otra falsa, la de la enfermedad) consiste en no amar. todo corazón egoísta tiene su virus, aunque esté enfermo, y germinan el amor y la vida. Es la transformación que obró Damián entre los que decía animoso: “nosotros leprosos”. Hoy hay muchos enfermos semejantes bajo variados nombres, todos ante los que se cierran las manos y no se abre el corazón. El final del poema se asoma a la profundidad del misterio de Cristo: Jesús murió como un pecador, sin serlo, para liberarnos del pecado y de la muerte. De Damián le dice: “Tú has muerto leproso porque no tenías esa lepra del corazón, sino justamente porque tu corazón estaba infectado e invadido de Caridad, Mártir de la Caridad”. Haznos tus hermanos, Damián.

CAMPESINO GUARANI

Hoy les traigo este nuevo cuadro pintado por Jorge Ocampos, artista paraguayo, de quien ya hemos ofrecido aquí dos obras muy singulares. Esta vez ha querido dejarnos un reciente *Damián paraguayo*. Me emociona verle así, después de haber conversado tanto a solas con él en mi habitación, lo que me ha creado la necesidad de mostrárselo. La pintura en gouache, como acuarela de vivos colores, mide 25 x 35 centímetros, es de una gran sencillas, a base de dibujo en líneas negras, rellenos los espacios de colores uniformes, excepto en la figura de Damián y en el azul de la mesa en que se poya, que parece cortada del agua del mar, azul y de blanca espuma. La sombra de su gorro, sin duda de campesino del Chaco paraguayo, proyecta su sombra azul bajo él y sobre los hombros y la frente de Damián donde resaltan los cristales blancos que transparentan sus ojos misteriosos. No sabemos si mirar en su propio fondo donde reposa Dios o se pierden en la lejanía por la que va pasando el recuerdo de sus días en Hawai, quizás los más lejanos en que aprendió a ser campesino en sus tierras de Trémelo. A la derecha sale un amplio camino, el de 5 kilómetros que llega al otro pueblito de Kalaupapa. Me intriga el fondo superior. Las altas montañas verdes son las que cierran toda la costa norte de la isla de Molokai, que amarran en su centro la pequeña península carcelaria de los pobres enfermos. Sobre ellas aparece un sol de oro que inunda la atmósfera de luz amarilla. Por encima de su sombrero se abre un cielo natural y a los lados una especie de tienda gigante, con sus tirantes sujetos tras las montañas, miran al cielo. La figura de Damián, lleva los hombros cubierto por un poncho, basta fijarse en sus hilachas rojas, las que aparecen por bajo cuando el poncho le llega casi hasta los pies, sentado como está.

**“La enfermedad
de Damián
siempre será su gloria”**

¿Qué hace Damián, además de esconder ese no se sabe qué en su mirada turbadora?. Está descansando de los calores del trabajo y sorbiendo un tereré, la bebida nacional paraguaya, especie de tisana con esa hierba tonificante que llena el cazuelo, lleno a su vez de agua que así se sorbe toda varias veces, hasta que se queda insípida. Entonces se rellena con otro tanto de hierba tereré y de su agua. Ahí está la jarra esperando su mezcla para saciarle la sed. Lo dice todo la frase compasiva que Jorge ha añadido a lápiz, escrita en guaraní, la lengua indígena: “Un tereré bien frío para Damián”, con su firma. También a nosotros nos conmueve este Damián, solitario, cansado y un tanto desvalido. Junto a la jarra de agua, tiene otro tereré para saciar su otra sed, su sed de alma y de Dios, jarra y libro rojos como la sangre de su divino Salvador, pues su afán no tenía otro fin: “Tienen un alma rescatada al precio de la sangre de nuestro Salvador”. Más sana la mano que sostiene el vaso, el artista ha sido implacable con la deformación artística de su otra mano, deformación real en su cuerpo, lo mismo que en el pie que asoma por bajo. La enfermedad de Damián siempre será su gloria, porque es el signo de su amor, como la glorificación de Jesús no le arrebató la de su cruz, la gloria de su costado abierto en manantial de agua viva. – Buen descanso, Padre Damián, y a ver cuando acaban con ese campo de poí, que se va usted a matar. – Todo se andará, si no fallan las fuerzas. Las de Dios no faltan. Da recuerdos a Mahiatí y a los niños. De su parte. Pero no, mejor se pasa usted por casa cuando termine, que le tengo guardado un paquete de buen tereré.- Gracias, hombre, ya sabes que es el que más me gusta.

EL 10 DE MAYO

Fecha de la fiesta del beato **Damián** en la Iglesia, elegido por el Papa Juan Pablo II en su beatificación de Bruselas. Fecha del aniversario de su entrada en Molokai. Tras una noche de viaje en la cubierta del vapor semanal, llegó a la pequeña península carcelaria acompañado por su obispo, monseñor Maigret, ss.cc. a quien le gustaba instalar a los misioneros en sus nuevos destinos. Viajaban con carta de ganado vacuno, que proveía el gobierno para alimento de los enfermos, y con un nuevo grupo de leprosos que habían cazado en la isla de Hawái, donde Damián trabajaba desde hacía nueve años. Así finalizaba la convocatoria del obispo con sus misioneros para la inauguración de una gran iglesia en Wailuku, isla de Maui. Más tarde, Damián escribió en agosto, desde Molokai, a su superior general en París: “La divina Providencia, que se compadece de los desgraciados, se ha dignado poner sus ojos en su indigno siervo para que cuide, en lo espiritual de un famoso hospital de leprosos [así lo llama él] una especie de prisión del Estado, que el gobierno se ha visto en la necesidad de establecer para preservar del contagio a todo el archipiélago. Me tomo la libertad de enviarle estas líneas en calidad de párroco de esta extraña parroquia de 800 leprosos, cuya mitad más o menos son ya católicos... Los pobres cristianos, la mitad moribundos, clamaban por tener un sacerdote con ellos. Durante siete años, muchos de estos desgraciados han muerto sin recibir el bautismo o el sacramento de los moribundos, que habrían deseado. A varios de nuestros cristianos de Kohala también se los llevaron. Sólo a la voz de Dios puedo atribuir un presentimiento inequívoco de que me volvería a encontrar con ellos en la leprosería”. Y añade que cuando ya estaba a caballo para marchar, “escuché una voz interior diciéndome que no volvería a ver a mis queridos cristianos y mis cuatro hermosas capillas. Llorando eché una última mirada sobre mi querida cristiandad de Kohala”. Con el corazón partido y expectante, salió para Maui. Está en el umbral de una puerta, o quedarse o lanzarse a la ventura de Dios. hay más. Dos textos posteriores, a mi parecer, son las dos columnas que sostienen el arco de su riesgo por Molokai.

**“Después de Damián,
todo hombre conoce también
el reto a su dignidad”**

En ese mismo mes de agosto, escribe a su hermano: “Toda comunicación estaba estrictamente prohibida, a menos de encerrarse allí con ellos. Habiendo estado ya bajo el paño mortuario el día de mis votos, pensé que era mi deber ofrecerme a su Excelencia, que tuvo la crueldad (así lo decía él) de ordenar semejante sacrificio”. Más tarde, octubre de 1885, cuando en su carne ha brotado el fruto amargo de su desvivirse, dice a su obispo: “El recuerdo de haber estado postrado bajo el paño mortuario hace veinticinco años – el día de mis votos – es lo que me ha hecho desafiar el peligro de contraer esta terrible enfermedad, cumpliendo aquí con mi deber y tratando de morir cada día más a mí mismo. A medida que la enfermedad avanza, me encuentro feliz y contento en Kalawao”. Bien claro. su estado de religioso que se ha consagrado a Dios por su pertenencia a la Congregación de los Sagrados Corazones, es para Damián la razón de que se considere muerto a todo lo que no sea “vivir y morir por servirles”, según la fórmula de sus votos. Después de Damián, sus hermanos y hermanas de la Congregación sabemos mejor lo que somos. Todo cristiano y todo hombre, conoce también mejor el reto a su dignidad.

LO QUE SOLO VE EL CORAZÓN

No descansamos. Tres meses seguidos con novedad sobre **Damián**: en abril su muerte, en mayo su entrada en Molokai, ahora en junio su beatificación. Parecen repetirse sus prisas. Este año para conmemorar su beatificación. Hoy nos sentimos felices de poder ofrecerles una primicia que nos acaba de llegar de Hawai.

A cualquiera podrían parecerle cuatro dibujos de un cómic para chicos. Pues no. Es la respuesta a la petición que hizo al artista grabador **Dietrich Várez** la empresa manufacturera más prestigiosa de Hawai de camisas Aloha. Significa la consideración de que goza el artista en su país, tanto como la importancia que mantiene el padre Damián en las islas.

Aloha es la palabra que define a Hawai: amabilidad, sonrisa, saludo, acogida, alegría del encuentro, melancolía del partir. La empresa pidió al artista que no aparecieran signos manifiestos del cristianismo, ni desagradables rasgos de lepra. El dólar es el dólar. El mundo comprador es más amplio que el del cristianismo. Pero aquí esconde la obra su misterio. Várez confiesa que todo esto fue un gran desafío para él; ¿Cómo representar a Damián? Partió de una base muy clara: “Escogí representarle simplemente como un ser humano bueno, útil a los seres humanos en su vida de cada día”. Reconoce que no es católico, pero se dice “creyente”, porque adora los mitos hawaianos, en los que es especialista, así como los símbolos cristianos que aprende de la larga amistad con una hermana hawaiana de la congregación.

**“Este es el Damián
que los compradores llevarán en sus camisas,
sin tan siquiera sospecharlo”.**

Veamos la obra. las orlas abstractas con que ciñe los dibujos son un elemento de los más antiguos de la tradición hawaiana en los vestidos de los altos dignatarios, hechos con corteza de árbol macerada, orla que llamaban tapa o kapa. Aquí lleva seres humanos abstractos con los brazos levantados, en comunión o reunión con el espíritu. Las flores de las esquinas dibujan el hibisco, la flor oficial del Estado de Hawai. En los cuadros aparecen símbolos repetidos, imprescindibles para su Damián. En las cuatro esquinas van tres ramas de palmera, símbolo de la Familia Santa de la Trinidad, en cuyo mundo Damián vive. También parecen escucharse los ecos del Domingo de Ramos. ¡Hosanna al Rey! Hace pareja con el dios de Várez, el sol radiante, su símbolo característico. Este sol lo ha colocado detrás o encima de Damián, como el halo que rodea la cabeza de los santos, el Dios-Espíritu que le ilumina cuanto tiene ante sí y a él le enciende y da vida. Por un lado, el diagonal, ofrece dos diseños con los alimentos diarios del mar y de la tierra, el pez y el *taro*. Damián invita generoso a todos, a hombres y mujeres, éstas con su flor en los cabellos, en definitiva a la humanidad. El *taro* es el símbolo de la Familia en la cultura Hawaiana. En sus bulbos bajo tierra crecen apiñados abundantes retoños con hojas, a los que llaman *oha*, del que deriva *Ohana*, la “familia amplia y numerosa”. Damián, el siervo de la humanidad, la más deshumanizada a la que entregó su vida, sigue siendo ejemplo de compasión y fidelidad, y de respeto al medio ambiente, pues los mares y las islas emergieron formando una unidad sagrada en la cultura de Hawai.

El mismo *taro*, se abre al exterior, se abre al exterior con hojas gemelas en forma de dos corazones, ardiendo en llamas en su interior y con el signo de un crucificado. Su amiga y mentora le asombró, al caer en la cuenta del símbolo de su congregación. El pez es el *icqos*, el *ictós* griego, anagrama del Iesus-Christós, el resucitado que se ofrece al ofrecerlo a sus discípulos sobre las brasas a la orilla del lago.

DAMIÁN, EL ARTE DE SERVIR

En la otra diagonal de dibujos, presenta a Damián como enfermero cercano y hasta arriesgado, sosteniendo el pie leproso. A conciencia coloca a Damián a sus pies, en memoria de su Maestro la noche en que se los lavó en la última cena. Y Damián, tan diminuto frente a las dimensiones del enfermo, ¿Dónde está la grandeza del hombre?. En el otro aparece como carpintero, que le echa fuerza y coraje al oficio que más le gustaba, manejar la madera. Cuántas iglesias, cuántas viviendas, no salieron de sus sudores, mezclados con los de su gente, a quiénes enseñó a vencer su ancestral molicie. Este es el Damián que los compradores llevarán en sus camisas sin siquiera sospechar qué es lo que recubre su piel.

CARPINTERO Y GRANJERO

Quizás nos queden restos de nuestro recuerdo de **Damián** del mes pasado, porque es desde él de donde siento deseos de seguir. Sus historiadores y quienes estudian su temperamento, coinciden en afirmar que durante su vida misionera, nueve años en la isla grande de Hawai y dieciséis en Molakai, Damián fue muy feliz solucionando los innumerables problemas materiales que se le presentaron. Le dieron ocasión para poner al servicio de la misión su caudal de fortaleza y compasión, ejercitándose sobretodo como carpintero constructor y como granjero, profesiones de las que presumía, aunque no sólo de ellas. Y le venía de su tierra nativa y de su familia, trabajando en su granja hasta los dieciocho años.

En un texto de julio de 1872, diez meses antes de entrar en Molokai, hablando de su compañero cuyo territorio linda con el suyo, comenta: “un terrible huracán que destruyó su casa y dos de sus capillas, han dado que sudar. Ahora puedo cantar victoria. Buenas capillas donde se necesitan, bastante buenas casas donde alojarse, un gran campo de cultivos, montones de cerdos y gallinas”.

Siempre ha sido así el costado material de la misión evangelizadora. Lo que hoy, como entonces tiene su melancólica insatisfacción: “Este año espero dedicarme un poco más a la visita de los enfermos, al estudio, a menos que la Providencia no me envíe otras complicaciones. Qué penosa es la vida del misionero. Tanto tiempo ocupado en trabajar como **Martha** y tan poco para estar a los pies del Señor, como la buena **María**. Felices los misioneros que solo se ocupan del santo ministerio, pero nosotros aquí hemos de preocuparnos más de lo material de la misión, lo que no deja de inquietarnos mucho”. Como auténtico misionero, Damián partido en dos.

“Es algo muy serio no saber qué hacer donde hay tanto que hacer”

Ante este Damián prototipo de tantos mensajeros del Evangelio de Jesús, es como para sentir, lector amigo, que en la misión de tu Iglesia, no hay retaguardia pasiva. Es algo muy serio no saber qué hacer, no tener tiempo para hacer, donde hay tanto que hacer. Pero quiero dejarles con otra imagen, que es la misma, la que recogió en su libro **Carlos W. Stoddard**, profesor de la Universidad de Nuestra Señora (Indiana, USA) recuerdo de la visita que le hizo en Molokai en 1884. A finales de ese año le diagnosticaron su contagio. Pero ahora escribe Stoddard: “la puerta de la capilla estaba vuelta; en un segundo se abrió y un joven sacerdote apareció en el umbral. Su sotana estaba vieja y con rasguños, sus cabellos alborotados como los de un colegial, sus manos manchadas y endurecidas por el trabajo; pero el resplandor de la salud brillaba en su rostro y la agilidad de la juventud en sus movimientos; al mismo tiempo su risa ruidosa, su solícita simpatía y el magnetismo de su persona, nos mostraban a un hombre emprendedor. Nos invitó a su mesa, pero al saber que ya la teníamos preparada, quiso añadir una gallina a nuestro menú. Habiendo hecho salir al grupo de leprosos, que aumentaba en número y en horror, fue a buscar en el cercado de su iglesia un puñado de trigo. Arrojó un poco en el suelo del cementerio acompañado de unos sonidos guturales muy singulares. En un instante sus gallinas llegaron de todos los lados. Eran como nubes que cayeran del cielo. Aterrizaban sobre sus brazos y atrapaban los granos al aire. Se disputaban un lugar en sus espaldas y hasta sobre su cabeza. Le cubrían de caricias y besos. Estaba entre una tropa cerrada de gallinas de las que todo granjero habría estado celoso. Eran su orgullo y su entretenimiento. Sin embargo inmoló una pareja sobre el altar de la amistad. Después nos despidió. Así era el padre Damián de Kalawao”. en su lenguaje romántico, Stoddard ilumina la figura de Damián que vio por primera vez. Es la misma imagen que nos dejó **Clifford** (1888) en su pintura, la del trabajador que descansa rezando su breviario.

CON EL SUDOR DE TU FRENTE

Ya ofrecimos unos apuntes sobre Damián de su visitante y amigo Stoddard. Les ofrezco hoy otro. “Los últimos días de mi estancia en Kalawao buscaba ordinariamente al Padre Damián y lo encontraba unas veces en lo alto de una escalera, con el martillo y clavos en la mano; otras en la huerta, en la sala del hospital o en la cocina, a veces a lo lejos movido por la llamada de un enfermo. Era raro que se pudiese sentar conmigo, porque no tenía un momento en que estuviera realmente libre (...) Un día me encontraba solo en la capilla: un pequeño armonio se hallaba cerca de la ventana abierta; fuera se veía el mismo pagano bajo el que el padre Damián encontró abrigo cuando llegó a Kalawao. Me senté ante el instrumento, soñando sobre las teclas y pensando en la vida que se ha de llevar en un lugar semejante; en la necesidad y en la privación de simpatía humana; en la soledad del alma destinada a tener relaciones con un muerto permanente, cuando en un cierto momento escuché cerca de mí un ligero rozamiento; me volví y vi. la capilla casi llena de leprosos. Se habían deslizado silenciosamente, uno tras otro, al sonido del armonio. La situación era un tanto desconcertante. Cuando pregunté dónde podía encontrarse el padre Damián, me señalaron en una dirección y se pusieron en fila de lado para dejarme pasar. Lo encontré allí donde nunca hubiera sospechado que estuviera. Estaba trabajando duro la tierra entre sus gentes, el más activo de todos con mucho. Como me iba aproximando sin que se dieran cuenta, la campana de la capilla sonó para el Ángelus del mediodía; de inmediato todos se arrodillaron; con la cabeza descubierta, y en medio de ellos el sacerdote recitó la bella oración, a la que respondieron con una voz sorda y grave, mientras una suave brisa hacía gemir las largas hojas alrededor de ellos, y el sol extendía un oleaje de gloria sobre sus cuerpos inclinados y medio ocultos entre las plantas. Todos eran leprosos, salvo el buen pastor, y habían de seguir pronto la lúgubre procesión en la que él bendecía los cuerpos inanimados en su último apacible sueño. Ángelus Domini- El Ángel del Señor anunció a María, decía Damián. ¿No era éste un espectáculo grato a los ojos de Dios?”.

Bajo su romántico ropaje literario, dos cosas aparecen claras en el relato de Stoddard. Primero que Damián, al parecer sólo raramente tenían un segundo de tiempo para descansar tranquilamente. Su descanso era estar haciendo algo. Vivía en tal ajetreo de vida, fruto también de su impetuoso e inquieto temperamento, que le era muy difícil a Stoddard encontrarle a punto para sentarle a charlar. En segundo lugar, como lo escribió por largo y ancho en su famoso *Informe sobre la Leprosería* (1886), tenía la convicción experimentada de que el trabajo era el mejor medio de transformación de aquellas personas.

“Su descanso era estar haciendo algo”

El ejercicio físico retardaba, a su parecer, los efectos de la enfermedad en sus cuerpos. También les hacía recuperar bastante una valoración de su propia vida, al sentir que la enfermedad no podía quitarles el mantener la ilusión y la esperanza de que el día siguiente podía ser distinto y mejor que el anterior. Por fin –buena estrategia social- convenció al Gobierno para que comprara el alimento del taro que producían, comprometido como estaba aquel a enviárselo gratis. De tal modo que así empezó a correr el dinero entre las manos de los operarios, haciéndoles sentirse como cualquier ciudadano de Honolulu. Después se le ha llamado “servidor de la humanidad”, y creo personalmente que es éste uno de los detalles más finos, entre tantos otros, por el que se lo ha merecido. Así era el trabajo que Damián organizó y acompañó, con unos minutos de descanso en su mitad, para que agradecieran sus frutos materiales y espirituales. Ángelus Domini.

DAMIAN “NOVICIO” EN PUNA

Puna fue el primer distrito misionero que se confió a Damián, en la isla grande de Hawai en el costado Este, el más alejado de todo el resto del archipiélago. Quizás por eso uno de los más abandonados. Su llegada allí fue una odisea, pero allí le esperaba el obispo, con quien había salido desde Honolulu. Le dijo: “Piense que hace ocho años que no ven a un sacerdote”. Allí lo instaló, quedándose solo entre los nativos. Tenía veinticuatro años, falto de la más mínima experiencia misionera. Habrá de buscarse su propio camino, improvisarse como maestro de su propia vida. Apenas posee una orientación básica en la práctica espiritual que debe emplear con las costumbres de gentes cuyos sentimientos desconoce, iniciado en cortas conversaciones por compañeros experimentados curtidos en esas tareas. Tendrá que irse mejorando a sí mismo, casi o totalmente solo. Un hombre de su temple y fogosidad, que además ama el riesgo necesitará tiempo y experiencia para perfeccionarse.

No sé si se ha pensado, como se merece, en este muchacho que de repente se encuentra en semejante situación. El vasto territorio cuenta apenas 350 católicos, dispersos entre paganos y protestantes, cuyas costumbres, tras esos años de abandono, lo normal es que estuvieran muy relajadas. ¿Por donde empezar? Lo primero que desea son iglesias, escuelas, al menos lugares de reunión para la oración en cualquier cabaña. Predica, catequiza, bautiza, confiesa, celebra la Eucaristía, recluta neófitos, administra a los moribundos.

“Toda su vida conservó este aliento místico”

Donde no reside, forma y deja catequistas, instructores. Los nativos comprenden pronto que este Damián viene a ofrecerles su robusta y sonriente juventud. ¿Pero qué piensa él de sí mismo en su interior?

Había llegado a finales de julio. Hay dos valiosas cartas, del 23 de agosto a su hermano y del 1 de noviembre a su superior general. Les abre el corazón y oímos sus primeros latidos: “ Si nuestro buen Pastor se dignada dar a su indigno ministro el celo ardiente de un san **Francisco Javier** o de un párroco de Ars ; cuánta gente tendría para bautizar, cuántos ignorantes por instruir, cuántos pecadores que sacar del fango del vicio!”(nov.) “Si la Providencia hubiera enviado un santo sacerdote como el párroco de Ars, estas ovejas errantes se juntarían pronto. En medio de los volcanes de Puna, desearía sobre todo poseer ese puro amor de Dios, ese celo ardiente por la salvación de las almas de que él estaba inflamado. Querido hermano, te lo suplico, reza y haz rezar por mí y mi pobre rebaño” (agosto). Celo ardiente, inflamado, es lo que desea el corazón de Damián, entre los volcanes de Puna, únicos en el mundo con su lava hirviendo al aire. Su situación penosa le retrae inconsciente a la posición fetal en que fue tan feliz, y considera su apostolado en Puna como un noviciado, pero “de un género distinto que el que hicimos en Lovaina y en Issy (París). En lugar de la vida tranquila y retirada, se trata de viajar tanto por tierra como por mar, lo mismo a caballo que a pie; en vez de observar estricto silencio, hay que aprender a hablar varias lenguas con toda clase de personas; en vez de ser dirigido debes dirigir a los demás; y lo más difícil es, en medio de mil miserias y preocupaciones, conservar el espíritu de recogimiento y de oración...

“Estoy muy feliz aquí. Si encuentro muchas privaciones y fastidios, también Dios se digna darme consuelos en los que jamás hubiera podido soñar(...) No somos más que instrumentos entre las manos de Dios. Cuántas veces en estos últimos meses he sido conducido por un guía misterioso a peñas cabañas fuera de mi camino, y he podido regenerar a algún anciano o algún enfermo, antes de que se fueran al otro mundo”. Toda su vida conservó este aliento místico, pero no hay duda de que, como misionero, es aún un novicio nostálgico, aunque de una rotunda sinceridad que dará frutos a su tiempo. Está empezando todavía tiene pocos años.

DESATEN AMARRAS

Todos hemos imaginado más de una vez la amarga y consoladora situación de **Damián**, derivada de la desbordante tasa de mortalidad en aquel *corredor de la muerte*, con una sola puerta de salida. El médico residente entre 1884 y 1888, años finales de la vida de Damián, lo experimentó y expresó bien. Decía el Dr. **Mouritz** que estaba admirado viendo correr a Damián entre las chozas tras los moribundos, a cualquier hora del día o de la noche que se le llamara. ¿Cuántas le dejaron dormir tranquilo?. Esta *heroicidad*, como reconoce Mouritz, merece el respeto de nuestras palabras. Que hablen los hechos, parábolas de su vida escogidas al azar.

Escribe Damián: “Ayer por la mañana un apóstata, hijo del guardián de la iglesia de Vaititi, hizo llamar al sacerdote, se confesó, recibió la Extremaunción y a mediodía partió al otro mundo. Después de haberle administrado en su pequeña choza, volví a casa como un borracho, sin poder sostenerme sobre las piernas. Su apestosa respiración me había machacado el cerebro”. En esa situación ya sólo emitían un ronquido y Damián rozaba su piel para entenderlos. Poco después le decía a su hermano: “Su gran miseria actual proviene de un terrible huracán, que ha derribado, o al menos descubierto, la mitad de las chozas, de suerte que muchos se acuestan, por decirlo así, en la lluvia y el viento. Un leproso es muy sensible a la humedad y al frío. Nuestro invierno, que se caracteriza sobretodo por la lluvia, es la estación en la que hay un mayor número de muertos. Acabo de enterrar a uno de mis mejores cristianos, hijo de un confesor de la fe. Por eso su muerte ha sido realmente edificante; cómo suspiraba por el cielo! Repetía a menudo como san **Pablo**: “Deseo morirme y estar con Cristo” Viendo llegar a nuestro Señor, que le llevaba en viático, ¡cómo se reflejaban en su rostro su fe y su amor!.

“Damián rozaba su piel para entenderlos”

Añade otro suceso: “Anoche a las 8 vinieron a buscarme para una moribunda. Camino cenagoso, gran lluvia. Tomo mi caballo, llego al lugar y allí lo ato bien. En la casa hay 18 mujeres leprosas. Mientras todas rezan en voz alta, la moribunda, antigua apóstata, hace una buena confesión y recibe la Extremaunción. Salgo de la casa y veo que mi caballo ha roto la cuerda y se ha marchado, con la silla cubierta con mi nuevo manto contra la lluvia. Inútil buscar, no se ve a pocos metros. Entre las piedras, en medio del barro y de la lluvia, llego a mi casa, añorando mi capa, etc.... pero lleno de alegría por haber atrapado un pez gordo. Un alma estaba salvada...¡Jesús mío, misericordia!”. Y así todo un rosario de pobres vidas devueltas a Dios. Era la mayor felicidad de Damián, aunque a veces decía con cierto humor: “Aún así, alguna se me escapa”. No sabía, es mejor así, que todas volvían a las manos del Padre, clavadas en la Cruz de **Jesús**.

Damián enseñaba y ayudaba a morir. El mismo se mantuvo maestro de si mismo en esta escuela. Al final de 1888, a cuatro meses de su muerte, escribe a su obispo: “Hace casi 16 años que he permanecido feliz y a gusto entre mis enfermos y moribundos de Molokai; ahora yo mismo estoy cada vez más enfermo. Encuentro mi alegría y mi paz meditando sobre el “Deseo de morirme y estar con Cristo”; en estas palabras san Pablo expresa claramente el contento de corazón que nuestro Redentor da a sus fieles servidores”. ¿Saben a qué se asemeja ese “deseo morirme”? El original griego usa un verbo que además significa “soltar las amarras del barco”, prisionero en el puerto, para que pueda por fin salir a la inmensidad de alta mar, su destino. Es lo mismo que escribió santa **Teresa** con otra imagen bella y el mismo amor en el corazón:

*Qué larga esta esta vida/ que duro este destierro/ esta cárcel y estos hierros /en que el alma está metida.
Solo esperar la salida/ me causa un dolor tan fiero/.que muero porque no muero.*

LA NOCHE OSCURA

De muchos santos se puede afirmar que han sido personas entrañables, en el sentido bíblico de la palabra. Las entrañas de una madre son fuente de la vida, por lo que, en el lenguaje bíblico, las entrañas son la sede del afecto, entendido como amor entrañable. Al acercarse a la mayor intimidad de Dios, les parece oír su lenguaje: “¿Puede una madre, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (Is. 49,15). Al pasar junto al hombre, han sentido este mismo amor de Dios, conmovidos ante el hombre abandonado, enfermo o terminal, envuelto en la soledad o en la mugre degradante. Otros cargaban consigo mismo: la ausencia de Dios, la de los demás, su propio corazón “divino impaciente”, les hicieron la vida “imposible”, vestidos a rayas de dolor y de felicidad. Entre ellos parece darse una misteriosa semejanza: les ha dolido más el alma que el cuerpo. O si se quiere, han caminado por la noche oscura, palabra inefable iluminada por los versos sublimes de **San Juan de la Cruz**. Nos rondan estas ideas al recordar algunos momentos de **Damián**, como aquellos con que finalizaba el año 1887, tercero de su enfermedad.

“Damián fue en todo un luchador nato también contra su enfermedad”

Damián había sido un luchador nato, también contra su enfermedad y la de los suyos. Por eso se había “escapado” a Honolulu con el fin de juzgar el novedoso tratamiento del **Dr. Goto**, japonés. Consiguió que se introdujera en Molokai para todos. Nuestro ya conocido **Dr. Mouritz**, que había asistido a todo el progreso de su enfermedad, cuando terminaba este año de 1887, dejó constancia de cómo se encontraba el Padre Damián: 1. ha perdido la confianza en el tratamiento del Dr. Goto, ha renunciado a toda esperanza de mejoría o de estabilización; 2. se le ha hecho palpable para él mismo su debilidad física, el esfuerzo le provoca dificultades respiratorias. Se mantenía en pie porque redoblaba el trabajo, le urgía “acabar su obra”, lo que no hubiera logrado así viviera cien años. También porque Damián tenía una capacidad de recuperación asombrosa. Pero Mouritz, buen médico, añade algo singular; 3. Su temperamento, que había oscilado entre la jovialidad y la irritabilidad, se ha hecho sobrehumanamente sosegado y una tristeza permanente ha descendido sobre él. Mouritz había observado que angustia y desesperación eran una condición común en los enfermos. El precio añadido de la lepra. En Damián encontró dos formas: “Melancolía atónita, que le hacía permanecer inmóvil y silencioso, con sus ojos clavados en el cielo; Melancolía religiosa, que, por extraño que parezca, le perturbaba a veces: tenía la impresión de ser indigno del cielo”. Mouritz pensaba que el rostro de Damián mostraba señales inequívocas de pesadumbre y angustia. Sin intentarlo, Mouritz nos muestra, reproducidos en Damián, el estado de alma de **Jesús** en Getsemaní y el rostro que presentó Pilatos ante una muchedumbre enloquecida: “Aquí tenéis al hombre”. Todo esto le resultaba tan extraño a Mouritz, que se responde a sí mismo apenado, con una frase de simpatía de un creyente: “Si había en el mundo un hombre que estuviera seguro de obtener la felicidad futura y la salvación, ese hombre era Damián”. Su gran biógrafo **Gavan Daws**, comentando esta situación afirma: “Si Damián tenía la impresión de ser indigno del cielo, era quizá porque sus superiores le estaban conduciendo a creer eso de sí mismo. **Koeckemann** (obispo) y **Fouesnel** (provincial) seguían mostrando una dura hostilidad hacia Damián, que permaneció invariable a lo largo de 1887 y a comienzos de 1888”. Las situaciones políticas y religiosas les enervaron, sobrados de miedo y faltos de corazón.

DAMIAN RESPONDE

Nos escribe un lector en relación con el artículo sobre el padre **Damián** aparecido en el mes de octubre, bajo el título *Desaten amarras*, donde se intentaba dar a conocer el valor que concedía Damián a la expresión bíblica “deseo morirme y estar con Cristo”. El suscriptor opina que manifiesta una fragilidad humana de escapatoria frente a las obligaciones que la vida pone entre sus manos, de las que además pueden depender otros, como es el caso de en una familia o en la dirección de una comunidad (caso de Damián). Por otro lado, podrían percibirse ciertos aires de diferencias o disociación, cuando el amor de Jesús fue integrador: amor a Dios y amor al hombre, un solo y mismo amor, sin fronteras en su única y sola plenitud interior. El amor de Dios no es celoso del amor al hombre, y es el amor al hombre el garante evangélico de nuestro amor a Dios. hasta aquí el resumen, creo que leal, de algo que tanto me ha satisfecho leer, por el interés cristiano que demuestra.

**“San Pablo y Damián poseen en común
que lo mejor que tienen en la vida
es su Señor Jesús”**

Es evidente que, en Damián, su situación de enfermedad es la que influyó para que ese texto lo sirviera como él mismo dice, de meditación y compañía cuando ve tan cercano el encuentro con Cristo. Escribe a finales de 1888, cuando le faltan pocos meses para su muerte. Es comprensible que en esos momentos, bajando al fondo de su corazón, encuentre su consuelo en estar con “Aquel que no me abandona nunca”, como dijo, apenado y consolado, en sus largos días cuando clamaba por su tan larga soledad. En realidad, estas dos expresiones no son muy diferentes. De todos modos, por no divagar y por dar una respuesta casi global, lo primero que creo conveniente es ofrecer el párrafo completo de San Pablo de su carta a sus queridos filipenses, que tanto le habían ayudado y consolado, escrita probablemente desde Roma, donde está en libertad vigilada, unos seis años antes de su muerte (año 67, durante la persecución de Nerón): “Cristo será engrandecido con mi vida corporal o con mi muerte. Pues mi vida es Cristo y morir es ganancia. Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger. Las dos cosas tiran de mí: mi deseo es morir para estar con Cristo, y eso es mucho mejor; pero para vosotros es más necesario que siga viviendo. Ahora bien, estoy convencido de que me quedaré y seguiré con vosotros para vuestro provecho y alegría de vuestra fe” (Fil 1,20b-25).

Es un monumento de equilibrio afectivo cristiano. La diferencia y semejanza con la situación de Damián es clara. Ambos poseen en común que lo mejor que tienen en la vida es su Señor Jesús. La diferencia está en que Damián no puede decirles “estoy convencido de que me quedaré y seguiré con vosotros”. Sabemos que eso es lo que hubiera deseado, y la prueba fue su lucha en sí mismo contra la enfermedad, hasta que se convenció de que todo remedio sólo conseguía una mejoría de mera apariencia exterior.

Mientras tanto atiende día y noche, sobretodo, a los más enfermos, que pronto van a “estar con Cristo”. Para él, ya el solo andar resultaba un duro sacrificio, destrozado su pie izquierdo. Ya todo se acaba, y desde su lecho de muerte envía al doctor **Swift** una nota en un papelito: “**J. Puhunua** arroja sangre desde ayer por la mañana. Tenga la bondad de ir a verlo a la segunda casa, detrás de la de **Jack Lewis**. En la misma casa, encontrará a la mujer moribunda de quien le hablé ayer tarde”. “¿No es único el amor?”

POR EL FRUTO, EL ARBOL

El pasado mes de diciembre, el doctor **Mouritz** nos comentaba asombrado el misterio de la melancolía religiosa que a veces se le transparentaba al padre Damián, consecuencia en su corazón de su lepra corporal, sumiéndole en la tiniebla hasta el punto de sentirse indigno del cielo. El título de hoy es experiencia campesina con que responde Jesús en san Mateo (12,33) a quienes, de mala fe y corazón sucio, atribuían a la ayuda del diablo su milagro sobre el endemoniado ciego y mudo. Le negaban su personalidad y el valor de sus propios actos.

Como si recordara este pasaje evangélico, el doctor Mouritz, tras su anterior afirmación, analiza el estilo de vida de Damián, que cataloga desde la caridad y bondad de su corazón, así como por la heroicidad de sus obras. Dice así el texto: “Si admitimos y creemos que la caridad y la bondad cubren una multitud de pecados y así mismo la doctrina de ‘la justificación por nuestras obras’, quien podrá negar que – (1) dieciséis años de privación, de fatiga, de trabajo desagradable –(2) de noches pasadas velando y respondiendo a cualquier hora a las llamadas de los enfermos y de los moribundos –(3) de vigiliias y de muchas horas agotadoras pasadas en la noche y la oscuridad de la fría orilla de Kalaupapa para atender allí a los leprosos sin hogar y a los huérfanos, debe contar y bastar ampliamente para hacer ganar al padre Damián su salvación!”. Pocos textos semejantes han concentrado con tal acierto la figura de Damián, además de herirnos con un cierto temblor por la espalda. Planta dos rotundas afirmaciones, una bíblica y la otra teológica. La primera resalta la primacía de la caridad y la bondad sobre el pecado (1Ped,4,28) como recordando la frase del bueno de Dutton cuando convivió con él: “sus faltas eran paja que desaparecía ante el fuego de su amor”. El segundo principio que aduce es el clásico que se planteó con la Reforma protestante e hizo correr ríos de tinta. Mouritz parece aceptar la interpretación católica, dando valor a nuestras obras, como fruto de una fe que es pura gracia de Dios. De repente levanta el telón de la vida de Damián en Molokai. Unas pinceladas de fondo para la plenitud de sus dieciséis años de trabajo, que resume en tres palabras: privación, fatiga, trabajo desagradable. Muchos podían firmarla desde su propia vida, pero no sé si hasta el punto de identificación con Damián.

**“Sus ojos se encendían en la noche
en busca de los niños sin amparo”**

Al aire de esa vida, dos circunstancias concretas de su trabajo conmueven al doctor testigo, las dos en la noche, que nos hacen sospechar que Mouritz se preguntaría si este hombre había gozado de alguna noche tranquila y reposada. Por un lado, la llamada de los enfermos y moribundos, a cualquier hora de cualquier noche, en aquel reino de la muerte. La administración de los últimos sacramentos podía alargarse, en compañía y compasión con los demás que habitaban la casa, y quizás porque tampoco podía separar su mano de quien se la retenía como su último sacramento de la presencia de Dios. Además Damián hizo suya otra costumbre. Los viernes antes del amanecer, llegaba el vapor con los nuevos leprosos. Ese día Damián se levantaba antes, celebraba la santa misa, y al trote de su carricoche, se iba hasta Kalaupapa, para esperar su llegada, sentado sobre las frías rocas.

Veladas con los enfermos y moribundos, y vigiliias por los que llegaban a la cárcel. En el momento del desembarco, Damián se movía entre ellos. ¿Había suficiente luz? Llegaban adultos sin ninguna referencia de familia o de amigo y Damián se los llevaba a la misión mientras tanto. Pero sus ojos se encendían en la noche en busca de los niños sin amparo, antes que cualquier desalmado se los llevara consigo. “Díganle al presidente de la Comisión de Higiene que envíe los niños a mi nombre”, escribía. A su orfanato, a su niño de niños.

EFFECTOS COLATERALES

Mes a mes ofrecemos pequeñas piezas de un puzzle que pudieran conseguir esa figura de **Damián** que se nos escapa. Sabemos que es más y queremos más. No se trata de lograr la Vida de Damián, sino de algo parecido a las piezas del Evangelio que, unidas, ¿no son una “Vida de Jesús”? Como en los Evangelios, intentamos una lúcida selección de los hechos y palabras adecuados con que enfrentar el día a día que se nos viene encima. Pensaba en ello ante nuestra grave situación política, que suscita comentarios en este mismo número de la revista, y miraba ciertos gestos de Damián que le habían envuelto en la vorágine del oportunismo político de su tiempo. Para muestra un botón.

El reino de Hawai llevaba a sus espaldas la penosa carga de la enfermedad incurable de la lepra, extendida por todas sus islas, a la que hizo frente con el segregación (1866) y con la ayuda económica indispensable. Eran dos graves problemas nacionales, por lo que acabaron convertidos en intereses políticos, es decir, en armas de lucha por el poder.

El reino de Hawai debatía su política desde la cámara legislativa con **Walter M. Gibson** como primer ministro y presidente de la Junta de Sanidad, de cuyos fondos dependía la lucha contra la lepra, para un ejercicio bienal. Gibson apoyaba su poder en la prensa propia, así como en la política de la segregación, que no respondía con rigidez total, lo que era un guiño a los nativos que le engrosaban las urnas con sus votos. La oposición se mantenía vigilante y en alboroto, desde su inmenso poderío económico de las extensas plantaciones de caña de azúcar, con Estados Unidos como seguro comprador.

“Damián trazó la línea de la justicia y del respeto a los donantes”.

No venía mal al *viejo zorro*, que les apretaba en lo posible la tuerca de los impuestos. La Junta de Sanidad Nacional se beneficiaba con un 10% de los ingresos totales del Estado, cuya mitad o dos tercios se asignaban a la lepra, algo sin parangón en todo el mundo, lucha de un Estado contra una única enfermedad.

Tras los primeros años, deplorables y desorganizados, el abastecimiento de víveres fue en general adecuado. No así el presupuesto de vestuario, de seis dólares por personas y año, miserable para el clima de Kalawao. Aquí tuvo que desvivirse Damián con su almacén personal de la Misión. Los víveres, en su camino desde Honolulu y su distribución en Kalawao, a veces quedaban como para tirarlos. En su Informe sobre la leprosería, que Gibson le pidió a Damián en 1886, Damián describía con realismo la situación y proponía soluciones, en algo que nadie conocía tan bien como él. Pero un buen día, a un celoso pastor anglicano de Londres, **Hugo B. Chapman**, se le conmovió el alma tras la lectura del folleto que hablaba de Damián y de su enfermedad. La prensa, el Times de Londres, le concedió amplio espacio para sus intenciones y el público se volcó con una generosidad asombrosa. En varios envíos Chapman proporcionó a Damián lo que hubiera bastado para cubrir varios meses el gasto de toda la leprosería. Pero allí estaba la oposición, la política de salón, preguntando a Gibson qué se hacía con los presupuestos del Estado si era necesaria la caridad. Y en la Misión Católica, política de sacristía, que a ver si Damián se creía que no existían más que Molokai y sus leprosos. Gibson se lanzó a las editoriales de su periódico, Pacific Advertiser. De la Misión Católica, obispo y provincial, salieron cartas que aún hoy hacen llorar. Pero los donativos venían a nombre personal del padre Damián, y con una exclusiva finalidad, la de ayuda a los leprosos. Damián trazó la línea de la justicia y del respeto a los donantes. Por eso creó el Fondo de los leprosos en la banca de Honolulu, para lo que estaba en contacto continuo con Chapman. Ya decía, político socarrón, que “muchos habrían hablado menos si les hubiera permitido meter más la mano en la bolsa.”.

MADRE MARIANA KOOP

Nuestra revista de diciembre último, ofrecía una noticia sobre la madre Mariana Koop (1838-1918), de las franciscanas de Syracuse (New York); su proceso de beatificación llegaba a las puertas de Roma. Tras los deseos y trámites difíciles de la Misión Católica de Hawai, la madre Mariana y un grupo reducido de sus religiosas llegaron a Honolulu a principios de noviembre de 1883. De inmediato, aceptó y dirigió el hospital de leprosos de Kakaako en Honolulu, que recogía los sospechosos de la enfermedad y, si lo eran, se los relegaba en Molokai.

A los enfermos de Damián, de momento, se les desvanecieron sus ilusiones sobre unas monjas que les cuidarían como madres, lo que Damián tanto había esperado. En 1888, cinco años exactos después, llegaron a Kalaupapa en Molokai, con especial dedicación para las jóvenes y las mujeres. Estrenaron convento y las enfermas residencia, en cuidada reglamentación. Con la madre Mariana llegaba la limpieza y la higiene, al exterior y el cuerpo, pomadas y vendas y vestidos, todo blanco, no habría escondite para la asquerosa suciedad. Macetas de flores y nuevos jardines floridos. Centinela alerta y tenaz ante el horroroso enemigo, a quien no se podría vencer, pero sí que lo pareciera. Este fue su modo de valorar y defender la dignidad de las enfermas de lepra.

Con ocasión de esta noticia y por el cuadro que poseía hace tiempo, idílico pero ideal, ha surgido esta ocasión de acercar estas dos almas, nobles y tan distintas. el amor es único, pero no el modo de expresarlo. Cinco meses tan solo de cierta cercanía, a seis kilómetros de distancia, Damián ya en el último estadio de su enfermedad, ellas con su capellán particular, su cocina privada, no dan para tener muchas historias.

Pero hay algunas anécdotas simpáticas. con la madre Mariana estaban dos religiosas, Leopoldina y Vicenta. Leopoldina aparecía en todos los lugares a la vez. Ella es la narradora. 1) “El Padre Damián siempre fue un humilde sacerdote. nos invitó a ir a ver su nueva iglesia que casi había terminado. nuestra madre nos prohibió que tomáramos cualquier alimento que se nos ofreciera. El padre Damián había encargado a una mujer no enferma de lepra preparar algunos refrescos y nos invitó a sentarnos en la mesa. Le advertimos de las órdenes de nuestra superiora, pero el padre insistió. Al fin accedimos a su petición. al día siguiente, el padre Damián vino a Kalaupapa y, por vez primera, entró en el locutorio. Allí, de rodillas antela madre Mariana, le pidió perdón por su conducta” ¿Se lo imaginan?

2) El padre Damián siempre había deseado construir una capilla separada para nosotras. Habíamos transformado en capilla una sala de nuestra residencia particular, donde se reservaba el Santísimo Sacramento. Un día estaba yo poniendo a secar algunas plumas de pájaros para las residentes. Nuestra madre había mandado preparar allí un terreno para plantarlo de flores. Cuando llegué, el padre Damián estaba arrodillado sobre el montón de basura, adorando al Santísimo Sacramento. Al verlo me emocioné hasta las lágrimas. El padre se dio cuenta de mi emoción y, en su caridad y humildad, me preguntó si me había causado alguna pena, lo que emocionó aún más”

3) La mañana del 20 de febrero fue por última vez a Kalaupapa. Rehusó la invitación de la madre Mariana de entrar en el locutorio del convento, se sentía “impuro”. al final de la tarde no pudo monta en su calesa. al ver brillar las lámparas detrás de las ventanas de las hermanas, se acercó un instante a su baranda, y se cayó dormido. Al punto de la mañana, sor Leopoldina le descubrió. ¡ Se muere! gritaba, ¿tiene cara de muerto!. Estaba ya al borde de sus fuerzas, pero seguía trabajando. El pintor inglés Clifford declaró a su compatriota, el escritor Stevenson, que acababa de llegar a Honolulu: “Las gentes no consideran a Damián como un héroe porque está tallado de una madera distinta a todas”. Me gustaría saber si la madre Mariana descubrió aquella clase de madera.

HOTEL MOLOKAI

Ahí lo tienen ustedes, en este grabado reproducido de una fotografía del doctor Mouritz, médico residente de la leprosería en los años de la enfermedad del padre **Damián**. Imagen poco conocida, que nos ofrece casi al detalle la configuración que tenía la Misión de Kalawao. cuando llegó Damián, naturalmente se fue a la amplia parcela concedida a la Misión, donde entonces no vio más que la nave trasera de la capilla, la que el año anterior había construido un hermano de Honolulu, que se vino con las maderas y tejado preparados para montarla ahí. Asoma por detrás el árbol pandano, entre cuyas raíces al aire se albergó algunas semanas. Le parecía poco respetuoso dormir en la capilla. Dos años más tarde ya la capilla se quedó más pequeña y la amplió con la nave delantera, hasta con torre de remate. Poco después recibió permiso de Honolulu para hacerse una casa parroquial como Dios manda.

Como todo es tan reducido, parece un palacio: es la casa grande con piso superior y galería, con dos habitaciones, la de su trabajo personal y la otra para dormir. Para dormir en el suelo, claro, sobre un colchón de paja. En el bajo había lo que en otras partes llaman cocina, comedor, sala y cuarto de huéspedes. todo revuelto en un único espacio. Ante la casa quedaba un buen espacio libre, la plaza del pueblo. Por delante unas casetas, probable gallinero. En el límite, junto a la amplia puerta de entrada como rancho del oeste, un pabellón para guardar los caballos. Detrás una casa pequeña, de una sola pieza, con tejado volante para la lluvia y el sol, morada del compañero de última hora, **José Dutton**. Por llegó el sacerdote **Conrardy**, que posiblemente se albergó en la casa del padre Damián.

De este modo, no es extraño que todo aquello fuera tomando ese aspecto chabolista. ¿Y lo del hotel? Pues proviene de un comentario del doctor Mouritz. Le dejamos la palabra: “el padre Damián era como un niño y demasiado complaciente. Permitía a hombres, mujeres, chicos y chicas sentarse en torno a su casa y entrar en ella como en un albergue. El padre Damián no veía peligros en ello y lo hacía empujado por su amor a los enfermos de lepra y por la bondad de su corazón. De hecho había tanta gente alrededor de su casa que hubiera sido imposible cometer una mala acción; y esto era verdad tanto de día como de noche. Yo mismo llamaba en aquel tiempo a su casa “el albergue de familia y del reposo de los enfermos de lepra”. No les prohibió jamás el ingreso en su casa; tenía demasiado buen corazón para echarles. Durante el tiempo que trabajé en la colonia de los enfermos de lepra, tenía libre acceso a la habitación del padre Damián a todas las horas del día y de la noche; en el recinto de la casa no había ni candados en las puertas ni persianas. De noche en su casa quedaba encendida una lámpara; los dormitorios de los niños y niñas estaban enfrente de la casa del padre Damián, ventanas y puerta estaban abiertas día y noche. Era una protección que impedía cualquier acto inmoral”.

Tomado el texto de su declaración ante el tribunal de Honolulu en la Causa de canonización del padre Damián, sabemos lo que quiere aclarar y defender. Me ha llamado la atención el detalle de la lámpara encendida en la noche sobre su ventana. El padre Conrardy escribió (9.7.1891) recordando: “Son las 9 de la noche, voy a sonar la campana para que apaguen las luces y que los pequeños que aún juegan vayan a acostarse, para que se levanten a las 5 para venir a la misa”. Su última biógrafa Hilde Eyniquel puntualiza: “Por la noche una luz brillaba en su ventana desprovista de cortinas. El explicaba que los huérfanos estaban a menudo sujetos a pesadillas y debían poder encontrar en la noche el camino que les conducía a su padre”. Padre Damián.

DOS NIÑAS Y UNA MONJA

Recuerdo a Jesús nuestro Señor ordenando a sus discípulos recoger las canastas de panes y de peces que habían sobrado en el milagro. Dando y compartiendo, sobra. Ya se preparaba la Eucaristía, el don de sí mismo. Por la solidaridad y contra el despilfarro. Un estilo nuevo de vida. Jesús ni hizo el milagro para lucirse. Viene ello a cuento del último hojear documentos para los dos artículos últimos. Quedaban sobras por la mesa que daba pena no aprovechar. Trataré tan solo de engarzar dos de ellas como dos cuentas más del rosario con que rezar a Damián y rezar como Damián.

Ya transcribimos que las Hermanas Franciscanas rondaron la Misión de Damián por Navidad de 1888, pero sobre todo poco después, con ocasión de sus últimos días. La hermana McCormack, sor Vicenta, guardó algunas memorias: “ con ocasión, dice, de una de nuestras visitas al “Hogar Damián”, abrigo de sus niños huérfanos frente a su casa, el padre nos invitó a ver el de las chicas, al otro lado del camino. Algunas mujeres hawaianas – no enfermas – se habían convertido en madre de estas niñas. El padre les habló en hawaiano. Les dijo que iba a morir y que las hermanas habían venido para cuidarlas y dentro de poco ellas tenían que ir a Kalaupapa. Las chicas eran todo oídos y cuando terminó el discurso, dos pequeñas corrieron hacía él, se pusieron de rodillas y metiendo sus pequeños brazos alrededor de sus piernas, suplicaron al buen padre que las dejara hasta su muerte, y entonces se irían con las hermanas. No dejaron de retenerle sino después de su promesa de que ellas se quedarían hasta su muerte. Cumplieron su promesa, vinieron a nuestro “Hogar” de Kalaupapa y murieron en él”.

Dos joyas niñas con que se adornaba su corona de espinas que así convertía en corona de gloria. No se olvidó tampoco sor Vicenta de sí misma en el momento en que se agiganta ante la grandeza del hombre moribundo. Cuelga sus recuerdos al sol: “El buen padre no deseaba que fuéramos a verle. Pedimos a nuestro capellán que intercediera en nuestro favor, para que pudiéramos verle antes de su muerte. Un día consintió en ello porque algunas de nosotras no habían recibido su bendición. Qué feliz estaba yo cuando la buena madre me dijo que me preparara para acompañarla a casa del padre enfermo. Llegadas a la casa de Kalawao, subimos al primer piso donde vimos al padre Conrardy y al hermano Jacques a la cabecera del enfermo. El padre Conrardy nos introdujo en la habitación. El sacerdote leproso estaba tendido sobre un pobre lecho, absorto en oración. A nuestra llegada levantó la mano derecha para desearnos la bienvenida. Qué triste era ver al santo sacerdote, con su rostro y sus manos cubiertos de llagas, en los últimos momentos de la enfermedad, volviendo la cabeza de un lado a otro sobre su almohada, presa de la fiebre, mostrándose jovial y olvidando sus penas algunos instantes, para atender otros, a sus muchachos huérfanos. Como no había recibido aún su bendición, me arrodillé cerca de su lecho y le rogué que me bendijera. El buen padre levantó la mano derecha toda cubierta de llagas y me bendijo.

Durante un corto instante apoyé la cara encima de la sobrecama que cubría el miserable lecho y derramé lágrimas amargas soñando y preguntándome: “¿Estás dispuesta a hacer otro tanto por Dios”.;Cómo recé a Dios que nos bendijera a todos”!...Entonces dijimos adiós al buen padre. Pensamos que éste era el fin, porque estaba muy débil y su respiración era muy corta. El menor movimiento le hacía la respiración más difícil. Levantó la mano como si tuviera aún algo que decirnos. Ya no tenía voz. Entre sus cortas respiraciones cuchicheó: “¿Quieren cuidar de mis muchachos”? Volvió a repetirlo dos veces más. Se lo prometimos y esto le contentó. Hemos mantenido nuestra palabra”. ¿Qué más decir? Gracias, sor Vicenta.

DE PRINCESAS Y DE NIÑAS

Kalaupapa. Crónica de amor y de sangre. La colonia de Kalaupapa y Kalawao, había sido ya visitada por la princesa **Liliuokalani** en 1883. Esta vez llegaba acompañando a la reina **Kapiolani**, espos de su hermano el rey **Kalakaua**. La reina venía dedicando últimamente su atención a las deficiencias que llegaban a su despacho desde Molokai. Quiso conocer de cerca la situación en julio de 1884. Su sensibilidad latió viva en las palabras de su discurso a su gente. Se levantaron voces quejándose de la comida, de la vivienda y de la soledad, pero sobre todo de los cuidados médicos.

Al final, el subintendente Ambrosio **Hutchinson**, que ya había llegado enfermo antes de **Damián** y fue su buen compañero, tomó la palabra. Explicó a su alteza que las bellas casas eran propiedad de enfermos de lepra ricos, que los pobres vivían en reductos a veces anegados por el agua. Pidió a la reina alojamientos convenientes y una canalización que trajera el agua hasta Kalaupapa. En ese momento una niña de tres años se acercó gritando: “Papá, papá”. Ambrosio tomó a su hija en brazos y con voz anudada por la emoción, declaró: “Majestad esta niña no está leprosa. Hay aquí niños sanos nacidos de madres leprosas. ¿Deben también ellos ser víctimas de esta plaga?. Pido a su Alteza un hogar donde puedan ser cuidados y educados al abrigo de la contaminación”. La reina, emocionada, tomó a la niña en sus brazos: “Qué bella niña, quiero conocer a su madre”. Aconsejó a ésta que se ocupara de la pequeña y la confiara al *Hogar* que prometía construir para ellas. En su recorrido hizo otras preposiciones serias que no tardaron en realizarse. El *Hogar Kapiolani* se construyó de hecho en al amplio recinto del hospital de Kakaako, en Honolulu, donde se investigaban los casos dudosos de lepra que, de confirmarse, eran relegados en Molokai. Algunos días antes de la apertura del **Hogar Kapiolani**, Hutchinson recibió la orden de enviar a Honolulu a las catorce niñas y chicas seleccionadas, entre ellas su propia hija de apenas tres años, que iban a ser separadas para siempre de sus padres enfermos de lepra. Llegó el barco con mucho retraso, la espera de descarga se eternizó. Eran desgarradoras las despedidas. En un instante se encendió una riña sobre el puerto donde se apiñaba una muchedumbre con la emoción al rojo vivo. Tres personas fueron heridas, de ellas dos mortalmente. Cargó la policía y arrestó a los culpables, un tal **Momona** –irritado por lo que calificaba como “raptó” de su hija –y su hijo.

Al día siguiente, día de Todos los Santos, Damián celebró un servicio fúnebre. Ante las tumbas abiertas declaró: “Estos hombres son víctimas inocentes de una tragedia. No han muerto en vano. El hogar Kapiolani rendirá grandes servicios en el porvenir y será bendecido”. Pero la opinión general pensaba que este Hogar había sido bautizado con sangre. Al cabo de un mes, Damián partió con catorce otros testigos hacia Lahaina, en la isla vecina de Maui para comparecer allí ante el tribunal. Al fin ningún leproso tuvo que hacerlo, porque los dos homicidas se declararon culpables y fueron condenados, el padre a diez años y el hijo a cinco años de prisión. Penas relativamente ligeras debido al hecho de que Momona, a cambio de su vida y sobre todo de la de su hijo de dieciséis años, denunció al grupo que preparaba una rebelión armada en Molokai.

“Para Damián las niñas nacieron como una esperanza”

Las niñas, traumatizadas por los acontecimientos que habían rodeado su partida, fueron instaladas en el *Hogar Kapiolani*, amplia construcción gris y sobria, pero limpia. Como hijas de padres enfermos de lepra, pasaron por una desinfección general antes de entregarlas en manos de la religiosa que las cuidaría. Se les enseñó a sentarse a la mesa, a hacer su cama, recibieron clases y aprendieron a rezar y cantas himnos religiosos. Es verdad que nacieron con sangre, como toda vida nueva que abandona el seno de su madre. Para Damián nacieron como una esperanza.

(Datos tomados de la obra Le Père Damián, Hilde Eynikel, Cerf/Racine, Paris/Bruxelles, 1999)

“NOSOTROS LOS LEPROSOS”

A menudo las gentes interesadas en la enfermedad de **Damián**, se preguntan sobre el por qué y el cómo de su contagio. El cuándo ni el padre Damián lo supo. Solo sospechas da en el documento que dictó a **Dutton** un mes antes de su muerte, donde informa de las recurrentes manchas oscuras que, desde pronto, aparecían y desaparecían en su cuerpo. No podía hacer otra cosa sobre una enfermedad que podía estar latente hasta diez años antes de su clara manifestación. Su biógrafo Gavan Daws (1973) ofrece, con maestría acostumbrada, ciertas claves que a la vez suponen un conocimiento agudo y realista de la personalidad de Damián, que es lo que más nos interesa. Resumimos y transcribimos.

Primero el hombre, después el sacerdote. Había nacido en el campo, educado como un campesino. Los malos olores no eran nada nuevo. Sudor, trabajo duro, ropas vestidas más allá de la normal higiene, una noche entera cuidando la vaca enferma de su vecina, la suciedad en las manos. Esto era familiar y hasta algo necesario, como parte de sí mismo. Ironiza desde Hawái sobre las manos de su hermanos **Pánfilo**, ocupadas tan solo en pasar las hojas de los libros.

La verdad es que no hizo un rito de lavarse las manos antes de comer. Además, en la leprosería el abastecimiento de agua fue siempre irregular e inadecuado. No siempre tuvo al lado un grifo, ni siquiera una calabaza de agua. Debido a eso, por ser la clase de hombre que era, en Kalawao fue la clase de sacerdote que fue. Y como hombre y como sacerdote, fue capaz de adaptarse a Kalawao y servir a sus gentes. Con los hawaianos, el contacto era de extrema importancia. Y en Damián la fe se convertía en algo físico. Mortificar su cuerpo, morir a sí mismo, exponerse a la lepra física para curar la lepra moral: eso era ser un buen sacerdote. Si para ello había que tocar a los intocables, eso era lo que tenía que hacer, para que ellos tocaran la salvación. En un determinado momento que sólo él sería capaz de identificar, y que él nunca comunicó, tomó la decisión de tocar sin ninguna reserva a la gente de Kalawao, su familia en Cristo. Posiblemente fuera cuestión de algunos meses. Con toda seguridad en 1876 **G.W. Woods**, leprólogo en la marina norteamericana, le vio comiendo poi de una calabaza colectiva, con las manos como los demás, compartiendo la ronda de la pipa entre los comensales, sin que hiriera su hospitalidad. Admiró la destreza con que vendaba heridas sin ninguna preocupación y cómo jugaba con los niños enfermos como uno más de ellos.

El cementerio al lado de su casa era un terreno rocoso cubierto con una estrecha capa de tierra. Muchos eran enterrados superficialmente y el aire del entorno olía a eso. Mil circunstancias en su trabajo: al borde del confesionario, al tocar con su mano el cuerpo de un moribundo para darle la santa unción, o quizás al compartir una comida, o en un abrazo de saludo o despedida, la lepra se transmitió de los feligreses a su sacerdote. Muchos coinciden en atribuírselo a los niños, siempre en torno a su casa, a quienes les permitía todo. Estos le distraían mientras trabaja, con el fin de dar una chupada a su pipa. Habría pasado inadvertido durante largo tiempo su contagio, mientras el virus de Hansen, callado, iba transformando la carne y la sangre de Damián. Pero a finales de 1884 la aguja de platino de doctor **Arning** fue señalando implacable, en el bajo de su pierna izquierda, la línea entre la zona sensible y la ya insensible. De inmediato le comunicó el diagnóstico. Pronto se le empezaron a caer las cejas y le brotaron leprosas en sus mejillas y su oreja derecha. La raza blanca se había ido creando defensas genéticas seculares. No fue así para los hawaianos que sufrían por vez primera un enfermedad importada. Pero Damián tenía una inmunidad muy baja, que nada tenía que ver con su gran fortaleza física.

DE MOLOKAI AL CÁUCASO

Al horror de Atocha le ha nacido un hermano clonado en Osetia. De Madrid al Cáucaso una tenaza al rojo de fuego y sangre ha estremecido y oprimido a cuantos nos encontramos entre sus extremos y extremismos. No todas las muerte son iguales, se trata de un numeroso colegio de niños, escogidos para vengar a los suyos, ya también muerto y llorados. los mayores escogen, como moneda de cambio, niños por niños, para dirimir su problema político.

Vuelven los tiempos de los judíos cautivos en Babilonia cuando gritaban venganza en su salmo 136, que finaliza con este alarido salvaje: “Dichoso el que agarre y estrelle tus hijos contra la pena”. La Iglesia lo ha suprimido en su rezo, pero manifestaba el rencor de que hicieran con sus hijos lo que ellos habían hecho con los suyos. No intento hacer un juicio político o social sobre esta situación, pero sí gritar que la guerra engendra el odio, y éste la espiral de violencia.

**“Quienes han padecido algo
semejante o peor,
claman por la pérdida
de nuestra memoria histórica”.**

Al pensar en ello, como tantas veces, vuelvo los ojos a **Damián**, recordando lo que sufrió por los niños que eran explotados, degradados y al fin se arrugaban contra una tapia esperando la muerte. La descripción es de Damián. De ese dolor nació su pobre orfanato. Cabo de leer un libro sobre el sacerdote belga **Luis Conrardy**, nacido en Lieja (1841), de la edad de Damián, misionero que antes estuvo entre los Pielas Rojas de las Montañas Rocosas de USA. En mayo de 1888 se vino junto al padre Damián, para ayudarlo en los nueve últimos meses de su vida y trabajo. Es verdad que el desastre actual nos ha de transportar a los lugares en que hoy emplean la misma moneda de la esclavitud, la emigración, el asesinato, la explotación de nuestros niños, en número infinitamente mayor y sin tener tan siquiera quien les llore, sin que sepamos ni de lejos quiénes manejan de verdad la marioneta. Pero quienes han padecido algo semejante o peor, claman desde el cielo por la pérdida de nuestra memoria histórica, que tanto ayuda a los miserables asesinos de hoy. Toda muerte criminal de un niño es un suceso de ayer mismo. Por eso y no por oportunismo, añado una carta de este libro anterior. El 27.07.1888 escribe desde Molokai el padre Conrardy a su obispo de Oregón, monseñor **Gross**: “La lepra no afecta a todas las víctimas del mismo modo. Algunos tienen rostros horribles: o roídos como por un cáncer, o casi el doble de grandes por la hinchazón, cubiertos de inflamaciones putrefactas. Algunos ofrecen una tal condición que no sé cómo pueden vivir. En abundantes casos, los labios y la nariz han desaparecido, sus ojos sangrantes, las manos y los pies podridos. En fin todo su cuerpo es putrefacción. A pesar de todo esto, no se quejan, aún cuando a veces están agonizando. He visto a un pobre niño, sin labios, ni nariz, todo su cuerpo horriblemente podrido, que sufría un ataque de asfixia. Se arrastraba fuera de una choza miserable para poder respirar aire fresco, golpeándose sobre sus pulmones con una mano destrozada, como si quisiera castigarlos por su falta de servicio. En este estado le he administrado la extremaunción, el padre Damián al lado dándole ánimos. Debía hacer las unciones lo más cerca posible de los sentidos que le faltaban. El pobre niño murió una hora después, cuando el padre y yo acompañábamos a otros dos niños y a una niña hacia su tumba. Un día de la semana pasada hubo once defunciones. A algunos metros de nuestra casa, se encuentra felizmente el cementerio, pegando a la iglesia. Desde mi llegada hemos tenido noventa difuntos (en 70 días). Señor arzobispo, es muy triste ver a los niños jóvenes lavando sus vestidos con las manos estropeadas o manejando una aguja para coserlos. A veces les oigo

decir muy serios, a la vista de tantos muertos (sepa que algunos de ellos no tienen más que siete u ocho años): “Si nos quedamos aquí, vamos a morir todos, este lugar no es bueno; si pudiéramos volver a nuestra casa no nos moriríamos”. Los pobres pequeños no piensan que están aquí para morir, y la mayor parte en una fecha próxima. No volverán a ver jamás a sus padres, hermanos y hermanas, a ninguno de sus seres queridos. ¡Hemos sido escogidos por la Divina Providencia para reemplazar a sus familiares más próximos sobre esta tierra, hasta el día de su reunión en el cielo”. Hay horrores, pero también quienes sean esperanzas.

“ADIÓS, HASTA EL CIELO”

Alguna vez sin duda, habremos escrito aquí sobre lo que el título sugiere. Nos despedimos a su despedida, a los últimos días de Damián en Europa, apretados, rápidos, sin tiempo para nada. Paso de octubre a noviembre, del sol aún caluroso a los primeros fríos que nos pillan siempre descuidados. Fue el momento más trascendente de su vida, el que la partió en dos mitades de igual duración, llevándole a su singular destino.

Se había jugado su esperanza y ahora corría gozoso hacia la celda de su hermano enfermo, con la carta recibida de París: “*voy en tu lugar*”, le gritaba nervioso; un encuentro de corazones difícil de imaginar. Quedaban menos de los días justos. Dejando de lado otros detalles, siempre acompañan al recuerdo los intensos sentimientos que experimentó en tan pocos días. Giran en torno a su familia sobre todo a sus padres, entre cuyas manos hubiera querido dejar su corazón. Aún hoy nos conmueve su afecto, vaciándose a sí mismo y queriendo llenar el de los suyos. Estrenó cariño filial y fraternal y ya todo serían en adelante primaveras lejanas en que se abrirían las mismas flores. Su despedida le marcó para siempre a este inquieto y sentimental rapaz de veintitrés años.

“Fue el momento más trascendente de su vida”

1. **Marieke**, la esposa de **Leoncio**, propuso hacer una rápida peregrinación al famoso santuario de Nuestra Señora de Montaigu, “el Lourde del Brabante”. Llegada la noche abrazó a su familia y salieron. En el cruce de caminos, se volvió y percibió la sombra de su padre detrás de la ventana. **Jef** levantó manos, **Frans** apagó inmediatamente la lámpara. De paso visitarían a **Constancia** en el molino del camino. Oyeron la primera misa con las primeras luces y ya en el exterior Damián se retiraba de espaldas. Respondió a su cuñada: “*Ya no veré jamás a Nuestra Señora. Le he pedido que me obtenga de Nuestro Señor la gracia de trabajar doce años en su viña*”. Enseguida vieron el coche de postas. “*Me voy en él*, dijo a su madre. *Es inútil volver a Tremelo. –Como tu quieras*”, respondió la madre resignada. Abrazó a Marieke fundida en lágrimas. su madre, como él, permaneció impasible, cuando dijo: “*Madre, adiós, hasta el cielo*”. El postillón chasqueó el látigo. Jef levanto el dedo en el aire detrás de la ventanilla. Marieke comprendió que mostraba el cielo, no volverían a verse más sobre la tierra.

2. En Lovaina su hermano en cama le regaló un libro de Teología Moral. Dice la dedicatoria: “*Hemos siempre vivido juntos, ahora nuestras vidas se separarán. ¿Cuántas veces no volveré a ver tu recuerdo? [...] Somos felices viajeros sobre la tierra. Después de nuestra muerte, nos veremos en el cielo.* Pánfilo, 22.10.1863”.

3. Damián ha vuelto de París directamente con sus tres compañeros, entrando en la estación marítima de Bremerhaven, puerto alemán en la desembocadura del Weser, donde espera el W.R. Woods, con salida para el día dos. Pero al viento le dio por soplar hacia tierra. El velero de dos mástiles, bajo bandera hawaiana, hubo de esperar... una semana. Se instalaron muy ordenadamente las dos *comunidades* de hermanos y hermanas. A Damián le dio tiempo para todo, hasta para escribir a sus padres: “*[...] El sacrificio es grande para un corazón que siente tierno afecto para sus padres, su familia, sus compañeros y este país que le ha visto nacer. Pero la voz que nos ha invitado a hacer con gran generosidad esta ofrenda de cuanto tenemos, es la voz de Dios mismo. Adiós, queridos padres, en adelante no tendremos la felicidad de abrazarnos, pero permaneceremos unidos por los tiernos afectos que nos animan a los unos por los otros. En las oraciones estamos unidas en los Sagrados Corazones de Jesús y de María en los que permaneceré siempre vuestro hijo afectuoso*” J. de

Veuster". La calma chicha no mueve el navío. Damián vuelve a su carta: "Adiós queridos padres, adiós. Seguid siempre el camino recto, y tendré la certeza de volver a veros en la patria celestial. Adiós, que el cielo os bendiga en vuestra ancianidad, que la Virgen Santa os conceda una santa muerte y así seáis felices por la eternidad. Es lo que le pediré cada día. Adiós".

OTRA MANERA DE SER CREYENTE

Hemos recibido carta de Hawai, de nuestro amigo Dietrich Várez. Dice así: “La hermana Mary Dolorine, ss.cc. me ha enviado la traducción al inglés de su reciente artículo del Padre Damián. De verdad estoy en deuda con usted por utilizar uno de mis grabados en Reinado Social. Para repararla parcialmente, he realizado un grabado suyo trabajando en Reinado Social. Está escribiendo su artículo con profunda concentración y nuestro amigo el padre Damián guía su mano para perfeccionar sus pensamientos y sus palabras. La otra mano, levantada a los cielos como una especie de antena de radio, recibe la inspiración celeste y las señales que transmite hacia abajo a usted, que las transcribe en Reinado Social, las que nos llegan a sus lectores. Dispense los detalles románticos, tales como la pluma de ganso, el tintero y el hábito de monje que usted viste. Es como a mí me gusta imaginarle. Quizás usted va a su trabajo con una traje Arman y usa un ordenado o maquina semejante. Este luterano le perdona por eso.

**“Se llama a sí
mismo luterano
porque no
profesa ninguna
religión del
mercado oficial”**

Deseo que conozca que mi mayor dificultad para reproducir su imagen fue conseguir correctamente su nariz. He tenido que usar una lupa para ver los detalles de su fotografía que aparece sobre la página de su artículo. Creo que reconseguido un buen trabajo. Mi vista, ciertamente, no está ya bien. Es una de las ironías de la vida. Cuando uno consigue, a lo largo de los años, mayor habilidad para dibujar, la relación es inversamente proporcional con la vista propia. Cuando uno es más hábil, está más ciego. He hecho unos dibujos más grandes para compensarlo. ya ve que hay siempre un camino para solucionar problemas. Adjuntas le envío otras imágenes del Padre Damián, pero no le quiero molestar explicándole todo esto. Es mejor que el lo vea encuentre su propia interpretación.

Como de costumbre pinto un sol radiante. El sitio donde yo vivo es uno de los lugares más lluviosos de Hawai, el sol es raro por aquí. Normalmente estamos cubiertos de nubes. Así cuando el sol finalmente las rompe atravesándolas, siempre nos sentimos encantados. Realmente aprecio un día de sol aquí, y esto ha emigrado a mis trabajos a lo largo de los años. También debe saber que mientras trabajaba en su dibujo, puse la mejor música de Segovia en el aparato. Esto me hizo entrar en una atmósfera española para hacerlo mejor[...] Para que usted conozca algo más de mí, le envío otros dibujos y material biográfico. siento que todo esté en inglés. ¿Puedo pedirle un favor? La próxima vez que usted hable con nuestro amigo Juan Pablo II, por favor dígame que alguien de aquí, en Hawai, le está diciendo: “Un poco menos Teresa y un poco más Damián”. Que el Señor le bendiga a usted, así como a su trabajo. Aloha from Hawai, Dietrich Várez”.

Ahora he de intervenir en un intento imposible para tan breves líneas: comentarles algo sobre este gran amigo, con quien hemos logrado intimar a través de esta hermana de la congregación que reside en Honolulu, antigua amiga suya a quien él nombra. No hay espacio para este hermoso pasado. Creo que su carta nos ayuda a sentir lo que significan la amistad y la fidelidad que en ella florecen, añadidas a su generosidad, su bondad y su buen humor. Admira al padre Damián, desde que lo descubrió, como para permitirse expresiones siempre coloreadas de su delicada ironía. Se llama a si mismo “luterano” porque no profesa ninguna religión del mercado oficial. Pero es un hombre profundamente religioso, que conoce a fondo

DAMIÁN, EL ARTE DE SERVIR

y venera todas las leyes y mitos de la cultura hawaiana, transidos de humanismo y de amor a la creación. Muchos han sido descubiertos por él y han pasado a sus libros de enseñanza en Hawai.

¡Qué alegría la produce cuando en sus grabados de Damián le señalamos posibles y vivos símbolos cristianos que no conocía!... Vean si no a eso Damián en figura de Prometeo robando el fuego de los dioses, para los hombres ateridos de frío, el fuego del amor divino y humano simbolizados en los de una madre que lo es del Hijo de Dios. En esto consiste su instinto religioso. Siempre agradecidos, amigo Dietrich.

1888 SU ULTIMA NAVIDAD

Fu su última Navidad en Molokai. Murió el 15 abril de 1889. En Emmanuel “Dios con nosotros” navideño, volvía a llegar para que se realizaran sus repetidas palabras del “nosotros los leprosos”, sin diferencia alguna ni en vida ni en muerte. Y fue singular ésta de 1888, sobre todo por la llegada a mitad de diciembre de su gran amigo, piadoso anglicano y pintor **Eduardo Clifford**.

Venía de Londres, de realizar un largo viaje con escala en la India, donde recogió barriles de aceite de gurjún, que por allí decían que curaba la lepra. Ya en Londres había cargado una gran caja, que solo podía mover una grúa, regalos de las gentes que hacía tiempo le estaban ayudando con mucho dinero, a quienes habían conmovido los sermones y los artículos en la prensa de su párroco anglicano, el señor **Chapman**.

En Honolulu transvasaron todo a un vapor que apreció ante el rocoso acantilado de la bahía de Kalawao, donde habitaba **Damián**. Las gentes seguían sus movimientos por el acantilado, Damián sobre una roca, húmeda de lluvia y de mar, que rozó la gran chalupa en que llegaba Clifford como un rey mayo. Clifford se agarró a su mano leprosa y oyó su emoción: “Eduardo es la Providencia la que te trae. Sabía que vendrías”.

**“Construir puentes
para salvar escollos
y dificultades es más
provechoso y
razonable”**

Las gentes y los niños se volvían locos viendo lo que iban sacando de la caja lo marineros. Un piano de manubrio que tocaba 40 melodías, una linterna mágica con una colección de historias bíblicas... Lo más precioso: el libro de himnos con dedicatoria a Damián de **Lady Grosvenor** y sus tres hijos; “Dichosos los misericordiosos porque obtendrán misericordia”. Clifford le pidió que escribiera unas letras en su Biblia y con su mano destrozada garabateó: “Estaba enfermo y vinisteis a verme”. La Palabra de Dios se había hecho carne, en la carne humillante de los enfermos y de Damián, donde con mayor verdad habitó entre nosotros.

SIN ACABAR

Cuando escribo estas líneas acabamos de felicitarnos el Año Nuevo y los estudiantes, pequeños y mayores han vuelto a las clases. Hermosa costumbre que nos renueva, sin querer, la ilusión por la vida, aunque no hayamos merecido que nos dieran un aviso tan horrible de que nuestra tierra esté aún sin acabar. ¿Nos habremos metido en ella antes de tiempo? Ya se predice en voz baja que países están llamados a desaparecer. Es cuestión de tiempo.

**“Mil años en tu
presencia son como
un ayer que pasó”,
dice a Dios el salmista**

“Mil años en tu presencia son como un ayer que pasó”, dice a Dios el salmista. ¿Puede esto impedir al hombre desearse un Año Nuevo? ¿Hemos nacido para el miedo? Sea este recuerdo un homenaje a los que hasta ayer han sido hombre, algunos sin tiempo casi de serlo, ¡los niños! ¿Por qué no se llama a este horrendo tsunami, con un hombre como **Herodes, Hitler, Stalin**, o el de tantos de hoy que, bajo una difusa niebla que les oculta, siguen aún amontonando sobre millones y millones de personas, las vidas humana asesinadas sin piedad y solo por locura del poder!

No pensaba escribir esto, aunque no reniego. Quería expresar una sencilla idea que me llegaba de unas fotos, que tengo ante mí, del proceso de la talla de la nueva estatua de la Iglesia de Lovaina, la que alberga la cripta con la tumba del Padre **Damián**. Me hubiera gustado que en algún momento en que se adivina bien a Damián y sus enfermos de lepra, la hubiera dado ya por terminada. El mensaje sería “acábala tú”, conoce a Damián de manera que hagas coincidir la madera con el personaje que vivió y murió con y como los enfermos. Aprende en tu vida a hacerte Damián. “Hay leprosos, en el cielo no”, les decía. Y lo creían. No podía librarles del tsunami de la muerte, pero sí del miedo, porque sabían que muriendo entre sus brazos ya estaban acogidos por los de Dios.

ESAU Y JACOB

Por la repercusión que tuvo en la vida del padre **Damián**, todos recordamos la consagración de la nueva iglesia de Wailuku, en la isla de Maui, en mayo del 1873.

Llegado desde Honolulu, el obispo había convocado a una buena parte de los misioneros. No sospechaban que iba a desvelarles la preocupación, que no le dejaba vivir, por la suerte de aquellos enfermos que, desde hacía siete años, iban relegando en Molokai. No les quedaba otra esperanza que la liberación por propia muerte.

Entre 1866 y 1896 –la segregación terminó en 1969- habían entre 5.092, hombres y mujeres, y habían muerto 3.806, fría estadística de 380,6 muertos por año, unos 2 o 3 por semana. Claro que “esta tarde he enterrado a tres niños” (Damián). todos eran enfermos terminales vigilados por la guadaña caprichosa, hasta no se sabía cuándo.

**“Ante una bifurcación
del camino,
volvió a sentir
que Alguien le
movía por la espalda,
colocándole frente
a su nueva ruta”**

El obispo intentaba mostrar la espina de su corazón a sus misioneros. Poco costaba consagrar una nueva iglesia, pero cómo consagrar un hombre a la muerte, a pesar del atrayente trabajo para ellos, y por eso más peligroso, de cogerles la mano sentado a su lado mientras le susurraba al oído: Dios te ha llamado y te espera, ponte la camisa blanca que los dos hemos lavado. Cuando se te cierren los ojos, le verás”.

Soñaba Damián, mientras el obispo se afligía con sus palabras, cuando de repente gritó: “Yo quiero ir el primero”. Otros tres más, todos jóvenes, estaban dispuestos a turnarse cada tres meses para aminorar el contagio. Damián les había ganado la mano y robado la primogenitura. Conocía cómo Dios venía obrando con él desde hacía años. Ante una bifurcación del camino, volvió a sentir que Alguien le movía por la espalda, colocándole frente a su nueva ruta, abriendo brecha. el más joven sería patriarca de su pueblo para toda la descendencia, con sus pastores venideros.

Y así fue, entró para no salir más.

15 DE ABRIL DE 1989

Era aún muy pequeño Su madre se lo tropezó, hecho un ovillo con la manta, durmiendo por el suelo. No era la primera vez. La regañina se oyó por encima del tejado, como siempre. Buena era mamá **Catalina**, que él oía a todos llamarla Cato. Su madre contaba que en un duro invierno en que no se rompían los hielos, **Jef** propuso a sus primos hacer una iglesia de nieve delante de la casa. Cato los oyó cantar villancicos y pensó que podían quedarse enterrados bajo aquel catafalco blanco. ¿Se trataba de ingenuidad infantil? ¿Basta con hablar de un precoz camino de sacrificios?

Le encantaba la noche. Ya en Hawai, a menudo hacía trayectos por la noche sobre su caballo por los caminos de lava. No se trata de repasar un anecdotario, pero sí de admirar las largas horas, y días, y noches, acercándose a sus pequeños poblados lejanos y dispersos, haciendo a la vez camino solitario hacia su propia morada interior donde nunca sabremos lo que encontraba. Las circunstancias y su ímpetu le llevaron a Molokai, A los tres meses escribió dos cartas antológicas, al Superior general y a su hermano. Narra el momento en que entra en la choza de uno de sus mejores catequistas, para llevarle el Viático. Ante la presencia del Señor en su choza gritaba: “Deseo morir y estar con Cristo”. Este anhelo, que él le había comunicado, lo hizo más suyo, creciendo cada día cuanto más avanzaba su contagio.

**“Sobre paja
o en estera,
muere como los suyos”**

A su obispo le recomienda: “Estamos muertos y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3). á escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3). Ya estamos allí, no somos de aquí. Cuando no pudo ya levantarse, fiel a su misteriosa atracción, estaba postrado en un colchón de paja extendido sobre el suelo. Desde allí recuerda al doctor **Swift**: “**Joho Puhunua** arroja sangre desde ayer por la mañana. En la misma casa encontrará la mujer moribunda”. Sobre paja o en estera muere como los suyos.

MUERTE Y RESURRECCION

Aniversario de su muerte. Solemos preguntarnos por qué **Damián** fue a Molokai y por qué continuó allí hasta su muerte. Se escribe literatura superficial y barata, cuando la respuesta es muy simple: la dio el mismo. Hagamos un poco de historia.

Nuestros Fundadores se atreven con la “Obra de Dios”, como la llaman, tras una profunda experiencia. El ha vivido oculto cinco meses bajo el tejado de una granja –“no tenía más que la piel y los huesos”-, ella, aristócrata, había estado once meses en la cárcel hasta que terminó el Período del Terror de la Revolución. Dos buenas escuelas. El 2 de febrero de 1801, los fundadores y su primer grupito renovaron, por la profesión de los votos, su entrega a Dios “a cuyo servicio quiero vivir y morir”, decían, y decimos todavía. Y aquí nos encontramos (1860) a Damián en su profesión.

**“Habiendo ya
muerto bajo el paño
mortuario el día de
mis votos, creí que
era mi deber
ofrecerme a su
Grandeza”**

Entre otros ritos, los candidatos se postraban en el suelo, se les cubría con el gran paño mortuario, se cantaba el Miserere, canto de los muertos, se asperjaba con agua bendita. Semejaba un funeral. Pues bien, por haber tenido esta experiencia, cuenta así a su hermano su ofrecimiento por Molokai: “Habiendo ya muerto bajo el paño mortuario el día de mis votos, creí que era mi deber ofrecerme a su Grandeza, que no tuvo la crueldad (como él decía) de ordenar semejante sacrificio” (25.09.1873) Años después, conocido ya su contagio, escribió a su obispo: “...El recuerdo de haber estado postrado bajo el paño mortuario hace veinticinco años, el día de mis votos, es lo que me ha hecho desafiar el peligro de contraer esta terrible enfermedad, cumpliendo aquí con mi deber y tratando de morir cada vez más a mis mismo. A medida que avanza la enfermedad, me encuentro feliz y contento en Kalawao (25.09.1885)

Eso es lo que conduce a su resurrección: “Me encuentro feliz y contento”. No inventó él el camino, fue Jesús.

LA LEPRA DE HERODES

A menudo escucho la música de una cinta, grabada en Honolulu, contemplando con los ojos cerrados los paisajes de la península carcelaria de Molokai, lugar de calvario que fue humanizado por la presencia del padre **Damián**. Nada hubiera podido hacer, es verdad, sin la contribución deficiente del Estado, que desplazaba allí a los enfermos de lepra, que en ciertos momentos llegaron a superar el millar de personas. Hoy son campos de soledad protegida, excepto los pocos enfermos que ha preferido permanecer allí cercanos entre ellos, magníficamente acomodados. Acompañado del rumor de sus olas que se rompen contra los acantilados escucho a la St. Francis Choir de Kalaupapa, coral de voces angélicas recién descendidas de las nubes. Los cantos son piezas religiosas en latín, Missa Brevis, Panis Angélicus, Christus vincit, Alleluya, o en kanaka, Hawai ponoï, Nani ke alohihohi, Ua Niké mai, Ke akua kolukahi, etc. Impresionante. Así era también la coral de Damián escogida entre sus huérfanos que asombraba en las celebraciones religiosas y daban serenatas en la noche a los amigos que visitaban a Damián.

**Aquella coral
prodigiosa de
Damián, se asentaba
en el poder criminal
de la dueña de
*Molokai***

Con que amor hablaba en sus cartas de sus niños, lamentando a veces: “Ayer por la tarde enterré a mis dos mejores voces de la coral”. Pero me ha envuelto el lamento de Damián. He leído hace pocos días que si la enfermedad contagiaba a los niños antes de su pubertad, ya no alcanzaban este desarrollo, notable por su cambio de voz. Desearía que no fuera verdad. Pero aquella coral prodigiosa de Damián, se asentaba en el poder criminal de la *dueña de Molokai* con derecho a degollar el desarrollo humano de los niños. Ahora escuchar la coral me produce una gran tristeza por este pasado. La perfección del hombre es una superación, un progreso, una maduración. Se han helado todas las flores del valle del Jerte. Sus labios de cereza están blancos como dos cuchillos de hielo. Pequeños niños de Molokai.

LA INFAMIA

El “no tengáis miedo” fue una feliz repetida consigna del Santo Padre **Juan Pablo II**. No era lo que sentía monseñor **Kockemann** en un asunto referente al padre **Damián**. Entre la sociedad burguesa y acomodada de Hawai, con una buena mayoría de médicos, se creía que la lepra era el cuarto estadio de la evolución de la sífilis. Este era el pánico que envolvía al señor obispo y que le cegó la mente. Por simple compasión tan solo y por responsabilidad de su cargo, debía haber hablado con Damián. ¿Miedo? ¿Incapacidad? Pero recurrió a la estratagema de pedirle al doctor **Arning**, especialista en Honolulu que auscultara a Damián, de modo que no quedara duda alguna del “diagnóstico completo de su enfermedad. Este envió aviso al doctor Mouritz, residente en la leprosería: le pedía que estuviera presente en la investigación que realizaría en el dispensario de Kalawao. Avisado Damián, apareció puntual ante ellos y oyó al doctor Arning pedirle que se desnudara totalmente, lo que hizo con naturalidad, no exenta de cierta sorpresa. Damián no teme el resultado. Que sus enemigos viciosos, a los que se ha enfrentado, propalen historias vengativas, pase, pero le traspasó el corazón ver a estos dos hombres en quien confiaba. Según se iba realizando, crecía la tensión de Damián y miró con cierto aire de reproche al doctor Mouritz. Ese se hizo cargo de lo que estaba pasando Damián y de su mudo reproche, algo que le afligía. E reconocimiento excesivo del doctor Arning era humillante para el amigo enfermo, y así se lo hizo saber a su colega.-El doctor Mouritz, molesto, preguntó a Damián: “¿Por qué me mira usted así? ¿Cree usted que yo tengo la culpa de esto?. Créame, soy inocente”. Entonces a Damián se le saltaron las lágrimas. Por fin, el doctor Arning le dio la explicación, salvando las espaldas a su obispo, a quien ni nombró.

BUSCA EL AMOR

Los niños piden que lean un cuento, para dormirse envueltos en una historia que van viendo con sus ojos. Sólo quieren que les vayan abriendo a ese otro mundo, que no encuentran en el que han vivido durante el día. Decimos que así nunca podrán enfrentarse con la realidad que les rodea cada día. Quizás sea al revés. Quien no sueña, no puede comprender la realidad. Jesús Nuestro Señor vivió la realidad de su tiempo, mientras soñaba y enseñaba un mundo nuevo, que llamó “Reino de Dios que está en medio de vosotros”. Invirtió de tal modo los valores, que obligaba a arrancarse los ojos. La viejecita que echó en el cepillo del tempo una moneda, fue la más desprendida, “porque los demás echan de lo que les sobra, pero ella ha echado todo lo que tenía para vivir”. Así veía la realidad. Un pobre enfermo de lepra estaba recogido en un lazareto rodeado de altos muros. En un momento de cada día, miraba fijamente un punto de la tapia. Al cabo de unos segundos aparecía por encima el rostro sonriente de una mujer, que desaparecía pronto. Era su esposa. Y así cada día. De esa sonrisa vivía el enfermo, medio día recordándola, medio día soñándola. La madre Teresa de Calcuta que, además del cuidado por los leprosos, recogía moribundos por las aceras, veneraba tanto al padre Damían porque sabía muy bien la degradación humana y moral que se escondía tras la lepra, con la que había de tratar hasta el final, que en semejante estado les daba derecho a todo, hasta insulta y ser desagradecidos. Pero se quedaba al lado, maltratado, esperando el momento. Al final les quedaba tiempo para poder romper a llorar, porque era la primera vez que sentían su dignidad humana y la de expresar en su rostro la alegría de su felicidad.

ERA DE NOCHE

A la débil luz de la luna tras las espesas nubes, Damián llegaba por detrás de la Iglesia, tan cercana a su casa de madera. Haría estado rezando el rosario paseando por los verdes y amplios pasillos entre las tumbas del cementerio de la misión. Conocía a todos, a los que habían pasado de entre sus manos a las del Padre y a los rebeldes, “que no habían querido hacerme caso” y aún les reñía en sus tumbas. A estos paseos nocturnos los llamaba “mi gran libro de meditación y de preparación de mis sermones”. Ya ha llegado a su casa y enfila la escalera exterior que sube a su primer piso, con una galería a la que daban dos puertas siempre abiertas, la de su despacho y la de su dormitorio. Se acercó a la ventana para regular la mecha de su lámpara de petróleo, que dejaba sobre el alféizar toda la noche, la que guiaría a algún niño asustado.

**Ya dormía cuando
un niño arrodillado
le sacudía el brazo:
“Kamiano, Kamiano,
tengo miedo”.**

Damián conocía este efecto de la lepra en los niños. Ya dormía en su jergón de paja sobre el suelo, cuando un niño arrodillado le sacudía el brazo: “Kamiano, Kamiano, tengo miedo”. Damián volvía en sí, a su mundo: “Pero, Petero, hijo mío, si ya te he dicho tantas veces que dormir es irse al cielo a jugar con los ángeles”. El niño movía la cabeza diciendo que no. Había visto durante todo el día máscaras horribles como para no poder irse al cielo al llegar las sombras. “Mira, Petero, trae aquí esa estera y acuéstate a mi lado junto al colchón”. El pequeño Petero se durmió. Apenas andaba cogiendo el sueño, cuando Damián oyó pasos sobre la madera. –“Chissst, puedes despertar al niño”. “Kamiano, la anciana de ayer tarde se está muriendo”. “Vete corriendo y diles que ahora llegó”. Al salir besó al niño y se hundió en las tinieblas buscando a la muerte. Noches de Damián.